

# CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO  
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA

Año LIV - Núms. 787-788  
Enero-Febrero 1997

Edita: Fundación Ramon Orlandis  
i Despuig  
Director: Francisco Canals Vidal

Redacción y Administración  
Duran i Bas, 9, 2º - Tel. 317 47 33  
08002 BARCELONA

Imprime: Gráficas Fomento, S.A.  
Sant Gabriel, 70-76. Esplugues de L.  
Depósito Legal: B-15860-58

## HACIA EL TERCER MILENIO

CRISTIANDAD durante el transcurso de 1997 va a tener muy presente que nos encontramos en el primer año del triduo de preparación al gran jubileo del año 2000 convocado por Juan Pablo II en su carta apostólica *Tertio Millenio Adveniente*. Jesucristo, la fe, el bautismo, la catequesis y María Madre de Dios son los temas propuestos para este año. Son una llamada insistente para que toda la Iglesia, contemplando el portal de Belén, renueve el anuncio a toda la humanidad: **Cristo, el nacido de María, redentor del mundo, es el único mediador entre Dios y los hombres, porque no hay bajo el cielo otro nombre por el que podamos ser salvados.** Anuncio dirigido a un mundo que frecuentemente se envanece de su pluralismo, con el único objetivo de proclamar de forma absoluta que no hay una verdad salvadora del hombre, porque el hombre no necesita de Dios para salvarse.

Pero el contraste de esta actitud de autosuficiencia, nacida de la soberbia humana, con la realidad es demasiado patente. Como afirma el Papa, asistimos a una **profunda crisis de civilización, que se ha ido manifestando sobre todo en el Occidente tecnológicamente más desarrollado pero interiormente empobrecido por el olvido y marginación de Dios.** Las consecuencias de este olvido, que en muchas ocasiones se convierte en negación y enfrentamiento contra Dios, conforman la realidad internacional y afectan de forma profunda la vida cotidiana de nuestra sociedad: conflictos internacionales, Serbia, Zaire, Chechenia, Palestina... que reflejan la imposible paz de un «nuevo orden» que no se sustenta en ningún principio que tenga capacidad ordenadora; permanentes ansias nunca totalmente satisfechas de crecido bienestar, que al mismo tiempo que contrastan escandalosamente con la situación de miseria y hambre en amplias zonas del mundo, son de imposible realización en los mismos países más desarrollados como consecuencia de la caída de la natalidad y del envejecimiento de la población; y tantas otras manifestaciones de las profundas contradicciones en que se debate el mundo contemporáneo.

**El hombre se ha dejado extraviar por el enemigo de Dios, Satanás lo ha engañado, persuadiéndolo de ser él mismo Dios y de poder conocer, como Dios, el bien y el mal, gobernando el mundo a su arbitrio sin tener que contar con la voluntad divina. Buscando el hombre a través del Hijo, Dios quiere inducirlo a abandonar los caminos del mal, en los que tiende a adentrarse cada vez más. Hacerle abandonar esos caminos quiere decir hacerle comprender que se halla en una vía equivocada.**

Hacia el tercer milenio

J.M.A.R.

Jubileo del año 2000

María, Madre de Dios

Antonio Prevosti Monclús

Somni de Reis

José Vives Suriá

La Epifanía del Señor

José María Petit Sullá

El sacramento del Bautismo

Luis Seguí

Hacia el tercer milenio:  
fortalezcamos la fe

Gregorio Peña

Torras i Bages: el Papa, la Iglesia,  
la humanidad

J.M.P.S.

Actualidad perenne del Pontificado

José Torras y Bages

Parábolas de santa Teresita (2)

«Es el corazón del Evangelio lo que  
ha vuelto a encontrar»

Pío XII

En recuerdo del cardenal

Narciso Jubany Arnau

Francisco Canals Vidal

La vida de unión con María

según el venerable

padre Miguel de San Agustí, O.Carm.

Fra Jordi Maria Gil i Costa, O.Carm.

El obispo de Barcelona legisla contra  
el Carnaval (febrero de 1762)

fra Valentí Serra de Manresa, ofm cap

«El misterio de la Sagrada Familia»

Josep M. Blanquet, S.F.

El conflicto de los Grandes Lagos,  
fruto de la ausencia de autoridad

Jorge Soley Climent

IV Congreso Internacional de la SITA

Oración del papa Juan Pablo II  
para el primer año de preparación  
del Jubileo del año 2000

Al mismo tiempo, la Iglesia, recordando las palabras de san Pablo «donde abundó el pecado sobreabundó la gracia», da gracias a Dios por la abundancia de frutos de santidad en nuestro tiempo: «En estos años se han multiplicado las canonizaciones y beatificaciones. El mayor homenaje que todas las Iglesias tributarán a Cristo en el umbral del tercer milenio, será la demostración de la omnipotente presencia del Redentor mediante frutos de fe, esperanza y caridad en hombres y mujeres de tantas lenguas y razas, que han seguido a Cristo en las distintas formas de vocación cristiana».

CRISTIANDAD quiere hacerse eco en sus páginas de las palabras del Papa y une su acción de gracias a la de la Iglesia por los frutos de santidad, recordando el 150 aniversario de la muerte de Torras i Bages y el primer cen-

tenario de la muerte de santa Teresita del Niño Jesús; con el deseo y la confianza de que llegue pronto el día en que podamos ver en los altares al santo obispo de Vic. Para que, de este modo, en toda la Iglesia, y especialmente en Cataluña, se conozcan más sus escritos pastorales y espirituales, reflejo de su profundo amor a la Iglesia. También participamos del deseo expresado tan insistentemente por tantos fieles, sacerdotes y obispos, de que este primer centenario de la muerte de santa Teresita del Niño Jesús sea la ocasión propicia para nombrarla doctora de la Iglesia, y así, junto a ella, los hombres reconozcan que el camino tan ansiado de salvación sólo se encuentra en la entrega confiada al Amor Misericordioso.

J.M.A.R.

### Jubileo del año 2000

	<b>1997: Jesucristo</b>	<b>1998: El Espíritu Santo</b>	<b>1999: Dios Padre</b>
<b>Persona de la Santísima Trinidad</b>	<i>Jesucristo:</i> «El primer año... se dedicará a la reflexión sobre Cristo, Verbo del Padre, hecho hombre por obra del Espíritu Santo».	«El Gran Jubileo tiene una dimensión pneumatológica, ya que el misterio de la Encarnación se realizó por obra del Espíritu Santo.»	«Toda la vida cristiana es como una gran peregrinación hacia la casa del Padre, del cual se descubre cada día su amor incondicional.»
<b>Virtud teologal</b>	<i>Fe:</i> «Jesucristo, único Salvador del mundo, ayer, hoy y siempre»; la necesidad de la fe en Él para la salvación.	<i>Esperanza:</i> «También nosotros... gemimos en nuestro interior anhelando el rescate de nuestro cuerpo porque nuestra salvación es en esperanza (Rm 8,23-24)»	<i>Caridad:</i> «Será oportuno... resaltar la virtud teologal de la caridad, recordando la sintética y plena afirmación de la primera carta de Juan: Dios es amor (4,8-16)».
<b>Sacramento</b>	<i>Bautismo:</i> «El descubrimiento del Bautismo como fundamento de la existencia cristiana, según la palabra del Apóstol (Gal. 3,27)».	<i>Confirmación:</i> La fe en la «unidad de Jesucristo se funda en la acción del Espíritu Santo».	<i>Penitencia:</i> «El anuncio de la conversión como exigencia imprescindible del amor cristiano es particularmente importante en la sociedad actual».
<b>Misterio mariano</b>	<i>Madre de Dios:</i> «¡En su seno el Verbo se hizo carne! La afirmación de la centralidad de Cristo no puede ser separada del reconocimiento del papel desempeñado por su Santísima Madre».	<i>Esposa del Espíritu Santo:</i> «María... será contemplada e imitada a lo largo de este año, sobre todo como la mujer dócil a la voz del Espíritu, mujer de silencio y de la escucha, mujer de esperanza...»	<i>Hija del Padre:</i> «María Santísima, Hija predilecta del Padre, se presenta ante la mirada de los creyentes como ejemplo perfecto de amor, tanto a Dios como al prójimo».
<b>Objetivo pastoral</b>	<i>Catequesis:</i> «... redescubrimiento de la catequesis en su significado y valor originario de enseñanza de los Apóstoles (Hch 2,42) sobre la persona de Jesucristo y su misterio de salvación».	Unidad de la Iglesia: «La reflexión de los fieles en el segundo año de preparación deberá centrarse con particular solicitud sobre el valor de la unidad dentro de la Iglesia...»	<i>Conversión:</i> Debemos emprender «un camino de auténtica conversión, que comprende tanto un aspecto negativo de liberación del pecado como uno positivo de elección del bien».
<b>Objetivo ecuménico</b>	<i>Unidad de los cristianos:</i> «Será un año muy importante para dirigir juntos la mirada a Cristo, único Señor, con la intención de llegar a ser en Él una sola cosa según su oración al Padre».	«La actitud fundamental de la esperanza... ofrece... motivaciones sólidas y profundas para el esfuerzo cotidiano en la transformación de la realidad para hacerla conforme al proyecto de Dios.»	Encuentro con las religiones monoteístas: «Intensificar el diálogo con los hebreos y los fieles del Islam».

# MARÍA, MADRE DE DIOS

Antonio Prevosti Monclús



todo este primer año en el misterio de su Maternidad divina. Unámonos, pues, a este deseo del Papa desde el primer día, y recordemos un poco qué significa y qué importa llamar a María «Madre de Dios».

Como punto de partida, leamos lo que dice el Concilio Vaticano II, que María «se halla enriquecida con esta suma prerrogativa y dignidad: ser la Madre de Dios Hijo y, por tanto, hija predilecta del Padre y sagrario del Espíritu Santo» (*Lumen gentium*, 53). Asimismo, el *Catecismo de la Iglesia católica* en el número 509 afirma: «María es verdaderamente Madre de Dios porque es la madre del Hijo eterno de Dios hecho hombre, que es Dios mismo.»

Para comprender el alcance de estas palabras debemos remontarnos a los primeros siglos del cristianismo, con sus discusiones teológicas, sus herejías y las luminosas definiciones y enseñanzas que la Iglesia les opuso. Situémonos en el año 428, cuando el monje Nestorio fue elegido patriarca de Constantinopla. Pretendía éste atenerse a los concilios de Nicea (año 325), que había condenado el arrianismo, y de Constantinopla (año 381), que había condenado la doctrina de Apolinario que negaba el alma intelectual en la naturaleza humana de Cristo. Se había formado Nestorio en la escuela teológica de Antioquía, donde, frente a aquellas herejías y en rivalidad con la escuela de Alejandría, se insistía tanto en la plenitud de la divinidad como de la humanidad, en nuestro Redentor Jesucristo.

Bajo esta influencia, Nestorio y algunos otros antioquenos se obcecaron de tal modo con la completud de ambas naturalezas, divina y humana, en Cristo, que fueron llevados a negar la unidad de ambas en una sola substancia individual, en una sola persona. Decía Nestorio que el Verbo unigénito de Dios no se hizo hombre, sino que se mostró en carne mortal. Por lo cual, Jesucristo no debía llamarse Dios, sino «Teóforo», portador de Dios. De estas tesis erróneas, núcleo de la herejía nestoriana, se desprende, y así lo sostuvo Nestorio, que María sólo es madre de la naturaleza humana de Cristo, pero como no ha engendrado a la naturaleza divina, de ningún modo debe decirse que María sea Madre de Dios.

Desde luego que la expresión «Madre de Dios» es sorprendente y aparentemente paradójica. Pues siendo Dios eterno, Ser Supremo, Principio Primero y Autor de todas las cosas ¿cómo puede tener madre? Ello parecería negar su absoluta prioridad. Por otro lado, ¿cómo puede ser admisible decir que una mujer sea madre de Dios, si

Dentro de la octava de Navidad, el día uno de enero la Iglesia celebra la solemnidad de la Madre de Dios. De entre las muchas fiestas dedicadas a María a lo largo del año, ésta, que resalta por su singular posición en el umbral del Año Nuevo del calendario civil, destaca también por dedicarse a María bajo este título tan entrañable y a la vez tan misterioso de «Madre de Dios». Como muchas veces celebramos las fiestas de una manera superficial y nos quedamos en el nombre de la fiesta o en algunas generalidades, sin profundizar en su significado, conviene de vez en cuando pararse a pensar «¿qué celebramos concretamente en ese día?».

Esto, desde luego, sería suficiente para recomendar en cualquier número de enero una reflexión sobre la maternidad divina; pero este año una razón especial se añade a la anterior. Al empezar ahora el año que el Santo Padre, en su plan de preparación del Jubileo del año 2000, ha querido que dediquemos a la reflexión sobre Jesucristo, la contemplación de María precisamente con este título es especialmente congruente. En realidad, el propio Papa, en la Carta Apostólica *Tertio Millennio Adveniente*, indica que María será contemplada a lo largo de

siendo mujer, de carne y hueso, tiene que ser creada por Dios? ¿No es absurdo que el hijo sea anterior a la madre y la madre creada por el hijo?

Mas la maravilla es que todo esto es posible, e incluso lógico, si atendemos a las cosas tal cual Dios las ha dispuesto: es decir, si aceptamos por la fe católica que en Jesús, el hijo de María, se unen en una sola persona las dos naturalezas. Ésta es la cuestión capital que el título de «Madre de Dios» implica y reconoce: en Jesús, el Verbo eterno del Padre se encarnó, asumiendo en su singular persona una naturaleza humana completa. Así, el mismo que es Dios es también hombre; el mismo que puede decir «Soy Jesús de Nazaret» puede decir «Yo soy Dios». Siendo entonces María la madre que concibió, parió, amamantó y, junto a José, educó a Jesús, María es Madre de Dios con toda verdad, simplemente porque Jesús es verdadero Dios, a la vez que hombre verdadero.

Hay que notar que esta cuestión se inscribe en un ámbito cristológico esencial, que es el de lo que puede y debe decirse verdaderamente de Jesucristo, en coherencia con lo que exige su obra, la redención del género humano. Pues de lo que se trata es de que Jesucristo, por ser hombre, pudo sufrir y morir, y por ser Dios, pudo con su sufrimiento y su muerte merecernos el perdón y la salvación. Y ello solamente siendo Él una única persona.

Sólo una persona divina podía amar a Dios con un amor condigno y adecuado; y en Cristo esto fue posible en un corazón humano. Sólo una persona divina podía tener perfectamente ante Dios el «corazón contrito y humillado» por los pecados de todos los hombres y así satisfacer al Padre con un sacrificio agradable. De esta manera, como escribe san Pablo en la segunda carta a los Corintios, «a quien no conoció pecado, Dios le hizo pecado por nosotros, para que viniésemos a ser justicia de Dios en él» (5, 21). El sufrimiento de Cristo es, por lo tanto, sufrimiento de Dios, y muriendo Jesús, es Dios quien murió, para que nosotros tengamos vida. En resumen, es por la indivisible unidad de la persona, que todo lo que decimos de Jesús con verdad, con verdad lo decimos de Dios: Dios lloró, Dios se alegró, Dios comió y bebió, Dios nos amó con corazón humano.

Por lo tanto, en la advocación a María como Madre de Dios se implican y como se contienen toda una serie de verdades y enseñanzas importantísimas para nuestra fe y vida cristiana. Notemos, por ejemplo, que Dios se encarnó no sólo para redimirnos, sino también para manifestarnos su amor, y para enseñarnos a corresponderle, ofreciéndonos una vía accesible y fácil a nuestra pequeña caridad. Esta es la razón de la contemplación cristiana de los pasajes de la vida de Jesús. Ahora bien, todos ellos se comprenden y se ponen mejor al alcance de cualquiera, si se considera la divina Maternidad de la Virgen.

Vamos a ver un ejemplo, que se basa en la directa relación que la maternidad tiene con la infancia, por la cual la visión de María Madre nos lleva a la contemplación de Dios niño. Pues, ciertamente, a Jesús podemos y debemos amarle bajo muchos conceptos: como hermano, como padre, como maestro, como rey y como salvador. Pero María le amó como se ama a un hijo, y posiblemente no hay un amor humano más fuerte por naturaleza que el de los padres hacia los hijos. ¿No podemos, entonces, los cristianos ponernos en el lugar de María y amar a Jesús, es decir, amar a Dios mismo como a hijo nuestro? Y puesto que el Hijo de Dios se llama a sí mismo tantas veces «Hijo del hombre», ¿no nos está sugiriendo que todo hombre puede también mirarlo como a hijo y dejar fluir hacia él sus más tiernos afectos de madre y de padre? Podría decirse que tal es el mensaje que los belenes navideños nos transmiten en su lenguaje plástico. Pero también: al mirar hacia la cruz podemos ver en ella sufrir a un hijo nuestro, pues es carne de nuestra carne y sangre de nuestra sangre; quizás así nuestros corazones de piedra lleguen a asemejarse a Su Corazón de carne.

Ser Madre de Dios es lo que constituye la máxima dignidad de la Virgen María. Ahora bien, a aquella que de entre la multitud le gritó a Jesús «Dichoso el seno que te llevó y los pechos que te criaron», él le dio por respuesta, como sabemos: «Dichosos más bien los que oyen la Palabra de Dios y la guardan» (Lc 11, 27-28). Con lo cual se nos previene contra la posibilidad de pensar la maternidad de María sólo en su dimensión corporal y física. La dignidad de la maternidad divina de María radica en la peculiar unión con Dios que ella implica, en la cual es inseparable la concepción virginal del Cuerpo de Cristo con la sumisión de la voluntad de María a la voluntad del Padre. El *sí* de María, por el que ella se entregaba a la voluntad de Dios que inmerecidamente la había elegido, fue un acto nupcial, y como tal fue fecundo: es el acto nupcial que da paso a su maternidad. Maternidad que, como dice Juan Pablo II, viene a ser justamente el modo de unión con Dios peculiar de María, que se distingue por ella de todas las demás criaturas, pero al mismo tiempo por ella «es la representante y arquetipo de todo el género humano» (*Mulieris dignitatem*, 4).

Por ser Madre de Dios, María es también Madre de la Iglesia y Madre nuestra. No se nos ocurre nada mejor, para explicarlo brevemente, que reproducir lo que escribía acerca de ello san Pío X en el 50 aniversario de la definición del dogma de la Inmaculada Concepción, el 2 de febrero de 1904: «En uno y el mismo seno de esta Madre castísima, tomó Cristo un cuerpo de carne y un cuerpo espiritual, cuyos miembros son los que **«habían de creer en Él»**. De suerte que, al llevar en sus entrañas al Salvador, llevó María en ellas a todos aquellos que

estamos unidos a Cristo y que, según dice el Apóstol, «somos miembros de su Cuerpo: carne de su carne y hueso de sus huesos», hemos nacido del seno de María, como nace el cuerpo unido a la Cabeza.»

Es por todo esto que san Cirilo de Alejandría, como paladín de «la recta fe de los cristianos», reaccionó tan vivamente contra Nestorio. Es por lo mismo que el papa san Celestino I, así como el Concilio de Éfeso (431), condenaron a Nestorio y defendieron la licitud de la expresión «Madre de Dios». Notable es en particular el argumento del papa Celestino, que aducía la virginidad del parto como prueba de que el que ahí nacía era Dios. Para lo cual citaba un verso de san Ambrosio que reza «tal es el parto que conviene a Dios». Notable, por otro lado, es la alegría desbordante del pueblo cristiano, que en Éfeso, al conocer los dictámenes del Concilio y el triunfo de la advocación de María como Madre de Dios, aclamó por las calles a los Padres conciliares con jubilosa manifestación popular. Allí se mostró a la par

el sentido de la fe del pueblo de Dios, y el arraigo antiguo y profundo de la devoción mariana en el pueblo cristiano.

Por eso, en la fiesta de la Madre de Dios conviene siempre volver los ojos hacia Éfeso. El reciente *Catecismo de la Iglesia católica*, que el Papa pide sea profundizado precisamente durante este año dedicado a Jesucristo, nos resume de esta manera lo que allí se dilucidó: «La humanidad de Cristo no tiene más sujeto que la persona divina del Hijo de Dios que la ha asumido y hecho suya desde su concepción. Por eso el Concilio de Éfeso proclamó en el año 431 que María llegó a ser con toda verdad Madre de Dios mediante la concepción humana del Hijo de Dios en su seno: "Madre de Dios, no porque el Verbo de Dios haya tomado de ella su naturaleza divina, sino porque es de ella de quien tiene el cuerpo sagrado dotado de un alma racional, unido a la persona del Verbo, de quien se dice que el Verbo nació según la carne"». (núm. 466)

## Somni de Reis

Ja s'apropa encisadora  
la bonica nit de Reis  
nit de joia i benaurança  
nit de somnis i d'anhels:  
plens de somnis de misteri  
i els anhels de llum del Cel.  
Tot dorm a la ruralia,  
a les viles i els poblets,  
tot dorm a les urbs magnes  
i tot dorm arreu, arreu.  
El silenci tot ho omple,  
per tot ressona sa veu,  
una veu tan neta i clara  
que el silenci fa més greu:  
el silenci sense màcula  
de la santa nit de Reis.  
Al bressol d'aquest silenci  
un somni hi dorm ben despert.  
És un somni ple de joia  
gronxat pels àngels del Cel,  
que niua dintre dels cors  
en la santa nit de Reis:  
un somni ple d'esperança,  
de llum i bellesa ple.  
Perduri sempre aquest somni  
avui, demà i sempre més,

tot i fent de nostres llars  
com dolces bresques de mel,  
amb amoretes bastides  
a l'ombra santa de Déus.

JOSÉ VIVES SURIA



## LA EPIFANÍA DEL SEÑOR

José María Petit Sullá

Todo el misterio que rodea a la encarnación y nacimiento del Hijo de Dios merece una triple consideración: el inefable misterio de que Dios se haya hecho hombre para salvarnos, el hecho que se deriva del anterior y que es el que la humanidad de Jesucristo contiene, desde la Encarnación, la plenitud de la divinidad y por ello debemos pensar que al contemplar el rostro humano de Jesús contemplamos en verdad al Dios mismo. Por eso dice el Catecismo que todas nuestras oraciones se dirigen a la humanidad de Jesucristo pues Él es, en su humanidad divina, el mediador entre Dios y los hombres. Y, en tercer lugar, que este Salvador, verdadero Dios y verdadero hombre, es dado a un pueblo escogido por Dios desde antiguo, el pueblo de Israel, para que sea el rey de los judíos y el rey al que todas las naciones reconozcan como soberano de todos los hombres. Esta tercera dimensión se olvida muchas veces, sea en aras de la «sencillez» del niño Jesús, sea en aras del carácter sacerdotal y de «víctima» que se culmina en la muerte en cruz. Pero la sencillez y humildad del niño así como el sufrimiento y la muerte por los mismos enemigos son tanto más valiosas cuanto Él es, por derecho natural por ser Dios y, en particular, por derecho de redención en cuanto hombre, el único y verdadero Señor del universo. El misterio de la Epifanía, esto es, la manifestación del niño Jesús a todas las naciones, representadas por los Magos de Oriente, nos invita a contemplar esta triple dimensión que se representa por los tres presentes que los Magos ofrecieron al niño Jesús.

La primera parte del Catecismo de la Iglesia católica está dedicada a la **profesión de la fe**. La sección segunda de esta primera parte recorre literalmente el «credo» o símbolo de la fe, y dentro de esta explicación el capítulo segundo está dedicado a Jesucristo, Hijo único de Dios. Recorre el Catecismo los misterios de la vida de Jesús, Dios encarnado, concebido por obra del Espíritu Santo y nacido de María Virgen en el artículo tercero y, en particular, dedica un apartado a los misterios de la infancia de Jesús, que son estos cinco, el Nacimiento, la Circuncisión, la Epifanía, la Presentación en el Templo y la Huida a Egipto. Dada la edad de Jesús cuando subió al templo y sus padres no advirtieron su ausencia en el regreso, hasta tres días después, este hecho tan significativo es más un misterio de la vida oculta de Jesús que de su infancia. En la infancia, Jesús es el protagonista pasivo, por así decirlo. Es concebido, es nacido, es adorado, es perseguido, es llevado, es alabado, etc.

Nada nos dice el evangelista Marcos de la infancia de Jesús, pues su evangelio, como el de Juan, habla de Jesús desde su bautismo por Juan. Hemos de leer en san Lucas, el evangelista de la infancia de Jesús, los acontecimientos fundamentales de los primeros años de la vida del Salvador.

Este evangelista narra con detalle todo lo que circunda el nacimiento de Jesús, comenzando por el milagroso proceso que llevará a la concepción de Juan, hijo de Zacarías e Isabel, prima de María. Y relata con sobria precisión el anuncio del ángel Gabriel «a una doncella desposada con un varón llamado José, de la familia de David, y el nombre de la doncella era María» (Lc 1, 27). A continuación, la visita que María efectuó a su prima Isabel y recoge el maravilloso canto de alabanza a Dios, el Magnificat, pronunciado por la Virgen. Después de referir el nacimiento de Juan, comienza con detalle la narración del nacimiento de Jesús y sus circunstancias exteriores y, destaca expresamente, el anuncio y la adoración de los pastores, para precisar después que fue circuncidado a los ocho días y se le puso el nombre de Jesús, como el Ángel lo había dicho. Nos relata que fue llevado al templo de Jerusalén y presentado al Señor, donde Simeón bendijo a Yavé por haberle permitido ver al Mesías y profetizó sobre el niño y María su madre, uniéndose después a esta alabanza la de la anciana profetisa Ana. En último lugar explica san Lucas la subida al Templo de toda la Sagrada Familia y cómo el Niño se quedó con los doctores de la ley, perdido por sus padres, y hallado después por ellos. A partir de aquí empieza la vida pública de Jesús. Y, providencialmente, lo que silencia san Lucas sobre la infancia de Jesús es precisamente lo que narra san Mateo.

San Mateo comienza su evangelio con la genealogía de Jesús desde Abrahán, pasando por David, hasta «José, el esposo de María, de la cual nació Jesús, que es llamado Cristo». Es de notar que san Mateo no narra la anunciación del ángel a María, sino que revela la aparición del ángel del Señor a José para indicarle que no debía dudar en recibir en su casa a María su mujer, pues el Hijo que ella esperaba procedía del Espíritu Santo. El nacimiento en este evangelista se reduce, en el contexto de lo revelado a José, a estas lacónicas palabras referidas a la mujer de José: «dio a luz un hijo», para añadir «y él le puso por nombre Jesús» (Mt 1,25).

Inmediatamente después, al comienzo del capítulo 2, narra extensamente la adoración de los Magos, y puesto

que al enterarse el rey Herodes del nacimiento del Rey de los Judíos, quiere matarle, relata la huida a Egipto y el regreso, al morir Herodes, hacia Judea, aunque temiendo también a su hijo Arquelao se estableció en Galilea, en la ciudad de Nazaret.

Es claro que la intención del evangelista Mateo es destacar la mesianidad de Jesús. Y en este contexto relata la adoración de «unos magos venidos de las regiones orientales», preguntando en Jerusalén «¿dónde está el rey de los judíos que nació? pues vimos su estrella en oriente, y venimos a adorarlo» (Mt 2,2). Esta estrella, según la conexión que establece el catecismo, es la estrella que vió el profeta Balam, en tiempos de Moisés, cuando profetizó frente a Balac, rey de Moab, en favor de los israelitas. En la cuarta profecía de Balam aparece la visión de una estrella:

«La veo, pero no ahora,  
la contemplo, pero no de cerca:  
una estrella se destaca de Jacob,  
surge un cetro de Israel». (Num 24,17)

El Catecismo refiere también la estrella que vieron los magos a la visión, del final del Apocalipsis, en que es el mismo Cristo quien se califica de estrella:

«Yo soy el Alfa y la Omega, el primero y el último, el principio y el fin. Dichosos los que lavan sus vestiduras para que les pertenezca el derecho sobre el árbol de la vida y puedan entrar por las puertas en la ciudad... Yo soy la raíz y el linaje de David, la refulgente estrella matutina». (Ap. 22,13-16)

Es muy explícito el Catecismo al ponderar la Epifanía del Señor como el anuncio de la mesianidad del niño Jesús. Muy en concreto, el texto catequístico nos advierte de que la salvación viene por los judíos según las promesas de Dios. El salvador del mundo es el rey de los judíos y el rey de las naciones.

Veamos la preciosa explicación del Catecismo:

«La Epifanía es la manifestación de Jesús como Mesías de Israel, Hijo de Dios y Salvador del mundo... La Epifanía celebra la adoración de Jesús por unos "magos" venidos de Oriente (Mt 2,1). En estos "magos", representantes de religiones paganas de pueblos vecinos, el Evangelio ve las primicias de las naciones que acogen, por la Encarnación, la Buena Nueva de la salvación. La llegada de los magos a Jerusalén para "rendir homenaje al rey de los judíos", (Mt 2,2) muestra que buscan en Israel, a la luz mesiánica de la estrella de Da-

vid (cf. Núm 24,17; Ap 22,16), al que será el rey de las naciones (cf. Nm 24,17-19). Su venida significa que los gentiles no pueden descubrir a Jesús y adorarlo como Hijo de Dios y Salvador del mundo sino volviéndose hacia los judíos (cf. Jn 4,22) y recibiendo de ellos su promesa mesiánica tal como está contenida en el Antiguo Testamento (cf. Mt 2,4-6). La Epifanía manifiesta que "la multitud de los gentiles entra en la familia de los patriarcas" (S. León Magno, serm. 23 ) y adquiere la "israelítica dignitas" (M[isal]R[omano], Vigilia pascual 26: oración después de la tercera lectura)».

Ante este comentario autorizado sólo nos queda reflexionar sobre la realeza de Cristo, manifestada ya en su nacimiento, y pensar en la salvación universal de todos los pueblos desde el triunfo de este rey de Israel que ha de triunfar sobre todas las naciones según la misma profecía de Balam. Así pues, los gentiles, que somos nosotros, adorando a Jesús, rey de Israel y rey de todas las naciones, entramos en la familia de los patriarcas, es decir, de los herederos de la promesa, y somos así también, mediante esta adoración, verdaderos israelitas en dignidad; ¿qué dignidad? no la de la raza sino la de la promesa, la de la dignación de Dios.

Un cristiano, que es un gentil convertido por la gracia de Dios, no puede pensar que por ser cristiano no necesita la promesa. La promesa es la venida triunfante del salvador del mundo como rey del universo. Digámoslo sencillamente con las mismas palabras del Catecismo: **Los gentiles no pueden descubrir a Jesús y adorarlo como Hijo de Dios y salvador del mundo sino volviéndose hacia los judíos y recibiendo de ellos su promesa mesiánica tal como está contenida en el Antiguo Testamento.** Nadie puede interpretar estas palabras pensando que ya no valen para un cristiano, porque esto sería tan absurdo como pensar que la Iglesia piensa ahora que los que podemos llamar gentiles no cristianos han de ir a los judíos sin pasar por la Iglesia. Gentiles lo son todos los no judíos, cristianos o no. Y lo que la Iglesia dice es que la salvación viene de las promesas hechas a los judíos de que «de ellos» nacería un salvador para todo el mundo. Ellos, y todos los hombres, están obligados a reconocer en Jesús, Dios hecho hombre en las entrañas de María Virgen, el Mesías prometido para salvación del mundo que ha de venir como rey, que es, a juzgar y reinar, según el salmo «Pídemelo y te daré en herencia las naciones, en propiedad los confines de la tierra» (Sal 2,7-8).

La Epifanía es también un momento de meditación en la realeza de Cristo, real y efectiva para todos los hombres. «Ven Señor Jesús» (Ap 22,20).

## EL SACRAMENTO DEL BAUTISMO

Luis Seguí

Dentro de la parte segunda del reciente *Catecismo de la Iglesia católica*, que trata de la celebración del misterio cristiano, su sección segunda está dedicada a los siete sacramentos de la Nueva Ley. Una vez enumerados, pasa a desarrollar los tres primeros —el Bautismo (núms. 1210 a 1284), la Confirmación y la Eucaristía—, llamados *sacramentos de la iniciación*, en razón de la analogía entre las etapas de la vida natural y las de la vida espiritual, mencionando en este punto a santo Tomás.

Lo primero que el Catecismo señala es que por este sacramento somos incorporados a Cristo y a su Iglesia (principio del art. 1), destacando así la centralidad de este sacramento, e inmediatamente añade que el Bautismo no es solamente el primero de los sacramentos de la vida cristiana, sino que es, además, el *fundamento* de la misma (núm. 1213), la puerta de la vida espiritual y de los demás sacramentos. Quedan así destacados, ya desde el principio, los caracteres fundamentales del Bautismo, que se irán desarrollando a lo largo del artículo primero.

El nombre que recibe este sacramento (del griego *baptizein*), significa «sumergir», en razón de la inmersión en el agua, que simboliza la unión a la muerte y resurrección de Cristo. También es llamado, añade el Catecismo, «baño de regeneración y renovación del Espíritu Santo», ya que por él se realiza aquel nacimiento que Jesús anunció a Nicodemo (Jn 3,5, citado por el Catecismo). Nacimiento, por el agua, a una vida nueva, la del Espíritu. Tal es el don que se recibe en este sacramento.

En la Antigua Alianza la Iglesia ha reconocido diversas prefiguraciones del Bautismo, y haciendo memoria de ello en la Noche Pascual, la liturgia nos recuerda esos grandes acontecimientos de la historia de la salvación. En concreto, el Catecismo destaca el arca de Noé y los pasos del mar Rojo y del Jordán. Como se ve fácilmente, el agua es el elemento principal, pues ya desde tiempos muy antiguos era considerada fuente de la vida y de la fecundidad.

Pero todas estas prefiguraciones tienen su cumplimiento en Cristo Jesús. Él mismo empezó su vida pública después de hacerse bautizar por san Juan el Bautista, y en ese momento el Espíritu bajó sobre Él, y el Padre lo manifestó como su «Hijo amado» (Mt 3,16-17, citado por el Catecismo). En su Pascua, la sangre y el agua que brotaron de su costado son figuras del Bautismo, y ello en el mismo momento en que Cristo puso a su discípulo

amado bajo la protección de María, su santa madre, prefigurando el don de la Iglesia a la humanidad (Jn 19,26-27). Del mismo modo, prosigue el Catecismo, cuando hubo resucitado envió a sus discípulos a predicar la Buena Nueva y a bautizar en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. La propagación del reino está intrínsecamente unida al sacramento del Bautismo, por el cual se recibe la fe. Del mismo modo, y cumpliendo la voluntad de su Señor, san Pedro y san Pablo ofrecen el Bautismo a todos los que crean en Jesús, apareciendo el sacramento siempre ligado a la fe.

Dentro de la mistagogia de la celebración, el rito esencial del sacramento es el *Bautismo* propiamente dicho, afirma el Catecismo, y se apresura a destacar que «realiza la muerte al pecado y la entrada en la vida de la Santísima Trinidad a través de la configuración con el misterio pascual de Cristo» (núm. 1239).

A la triple inmersión en el agua bautismal —o bien tres veces derramada sobre la cabeza del candidato—, sigue la unción con el santo crisma, que significa el don del Espíritu Santo. La Iglesia tiene un nuevo hijo, cuya *vestidura blanca* significa su carácter de *revestido de Cristo*, y en ella podrá desarrollarse la gracia bautismal, con la ayuda de los padres y padrinos, y de toda la comunidad eclesial.

Es conveniente destacar, siguiendo la carta apostólica *Tertio Millennio Adveniente*,<sup>1</sup> la unión que hay entre el Bautismo y la Iglesia. Si por una parte el Bautismo es el sacramento de la fe, por otra, *sólo en la fe de la Iglesia puede creer cada uno de los fieles* (núm. 1253). Esta fe, es lo que pide el catecúmeno o el padrino cuando el sacerdote pregunta: «¿Qué pides a la Iglesia de Dios?». Así, es la misma Iglesia de Dios quien la da, y por ello también el crecimiento de esa fe necesita de la Iglesia. Por ello, el Catecismo señala que «toda la comunidad eclesial participa de la responsabilidad de desarrollar y guardar la gracia recibida en el Bautismo» (núm. 1255).

No se puede, por tanto, desvincular la relación con Dios de la pertenencia a la Iglesia, como tampoco se puede separar la vida cristiana de la práctica sacramental, ni puede afirmarse que el Bautismo no es necesario para

1. Dicha carta apostólica nos invita, en el año del Hijo, 1997, al *descubrimiento del Bautismo como fundamento de la existencia cristiana*, y a la profundización en el Catecismo de la Iglesia católica (Ed. San Pablo, pág. 58).

salvarse. Ello es contrario, como ya hemos visto, a la voluntad de Cristo, que vinculó los sacramentos a su Iglesia, y que «mandó a sus discípulos a anunciar el Evangelio y bautizar a todas las naciones» (núm. 1257). La Iglesia no conoce otro medio que asegure la entrada en la bienaventuranza eterna. No obstante, afirma también que la intervención salvífica de Dios no queda reducida a los sacramentos. Así, tanto la muerte a causa de la fe por parte de no bautizados, como el deseo del Bautismo, producen los mismos frutos que el Bautismo sacramental. En cuanto a los niños muertos sin Bautismo, la Iglesia los confía a la misericordia divina, y reza por ellos (núms. 1257-1261)

Por lo que respecta a los efectos del Bautismo, el Catecismo enseña que los principales son: la purificación de los pecados y el nuevo nacimiento en el Espíritu Santo.

El Bautismo perdona el pecado original y los pecados personales, y también las penas del pecado. Pero permanecen en el bautizado otras consecuencias del pecado, como son la muerte y los sufrimientos, como también la inclinación al pecado (concupiscencia). No obstante, el cristiano cuenta ahora con la ayuda de la gracia para vencer en el combate, consiguiendo unirse más íntimamente a Cristo, ya sea por su docilidad, ya por la posibilidad de reconciliarse si ha pecado.

Pero el Bautismo no sólo perdona los pecados, sino que hace del catecúmeno «una nueva creación, un hijo adoptivo de Dios... y un templo del Espíritu Santo» (núm. 1265). Por obra de la gracia santificante el bautizado es capaz de creer en Dios, de esperar en Él y de amarlo mediante las virtudes teologales; se le concede, por los dones del Espíritu Santo, vivir y obrar bajo Su moción y, finalmente, le permite crecer en el bien por las virtudes morales.

Retomando aquí la analogía entre la vida natural y la espiritual, mencionada al principio, vemos ahora que el organismo completo de la vida sobrenatural —que se acaba de dibujar en el párrafo anterior— tiene su raíz «en el santo Bautismo» (núm. 1266). La perfección de su vida moral por un lado, y por otro la posibilidad y la plenitud de su vida sobrenatural, dependen del sacramento por el cual el hombre pasa a ser «hijo de Dios», «familia de la Trinidad».

Aunque el Catecismo señala los dos efectos principales que hemos visto ya tratando de *la gracia del Bautis-*

*mo*, dentro del mismo apartado trata tres aspectos más, siendo el primero de ellos el que lleva por título *Incorporados a la Iglesia, Cuerpo de Cristo*. Se repite, una vez más, que por el Bautismo se pasa a formar parte del «único pueblo de Dios de la Nueva Alianza que trasciende todos los límites naturales o humanos de las naciones, las culturas, las razas y los sexos» (núm. 1267).

También en este punto, afirma que por el Bautismo participamos *en el sacerdocio común de los fieles*. Este aspecto es importante, pues lo extraordinario, en la Iglesia, se ordena a lo ordinario, que es el sacerdocio común. Con esto, aunque no lo destaque el Catecismo en este lugar, se recuerda que lo fundamental no es *el estado*, sino la común vocación a la santidad, posible para todos por un mismo Bautismo. De ahí el sinsentido en que caen ciertos intentos de renovación (como la pretensión del sacerdocio femenino), que desconociendo profundamente cuál es el don más grande, someten lo esencial a lo accidental. En este sentido la Iglesia enseña con claridad el carácter fundamental del Bautismo como puerta para que todo hombre realice su vocación: la santidad.

En este mismo apartado, y aclarando la *pertenencia* a la Iglesia del bautizado, el Catecismo añade que éste ya no se pertenece a sí mismo, sino al que por él murió, y a su Esposa. Es inevitable recordar aquí, una vez más, aquellas palabras pronunciadas por Jesús desde la Cruz dirigidas a su discípulo amado: «Aquí tienes a tu madre» (Jn 19,26-27). Y es también forzoso pensar en la falta de fecundidad de la vida de muchos creyentes (y de muchas instituciones supuestamente cristianas), que muchas veces tiene su origen en el rechazo de esa dependencia amorosa que el cristiano debe a su Madre y Maestra.

Para pensar esto último, y para terminar al mismo tiempo, irá bien recoger lo que el Catecismo dice para cerrar el artículo que ha dedicado al Bautismo.

Después de todo lo dicho sobre el carácter fundamental de este sacramento, de su sentido y su lugar en la economía de la salvación, de su celebración y de su necesidad, y finalmente de la gracia que comunica —o de sus efectos—, recogiendo de algún modo todo lo dicho, nos recuerda que el Bautismo imprime un sello indeleble en el cristiano, quedando así marcado «para el día de la redención». De modo que todo aquel que le sea fiel, morirá marcado con el signo de la fe, «en la espera de la visión bienaventurada de Dios y en la esperanza de la resurrección» (núm. 1274).

# HACIA EL TERCER MILENIO: FORTALEZCAMOS LA FE

Gregorio Peña

A tres años de la celebración del aniversario del segundo milenio del nacimiento de Jesucristo, nos recuerda la Iglesia que «la sociedad de hoy está más necesitada que nunca de la conversión, de la penitencia, del fortalecimiento de la fe y de un decidido compromiso en la tarea de la evangelización».<sup>1</sup> El arzobispo de Barcelona, Cardenal Carles, nos recuerda que el Papa quiere que la Iglesia en su totalidad afronte con renovadas energías la crisis de fe que invade nuestra civilización.<sup>2</sup>

Este artículo pretende manifestar qué es la fe para la Iglesia.

## El concepto de fe

La palabra *fe* se usa tanto en un sentido religioso como profano para indicar, en general, un *conocimiento basado en el testimonio*.

En el sentido más genérico, la fe tiene una cierta relación con la ciencia o conocimiento, puesto que introduce verdades y transmite hechos o ideas al espíritu humano. Lo propio de la fe es que al hecho intelectual se añade una particular actividad de la voluntad y del sentimiento.<sup>3</sup>

Así pues, la fe, en su sentido más amplio, es un cono-

1. Ricard María Cardenal Carles, arzobispo de Barcelona, presentación de la carta apostólica *Tertio millennio adveniente*, Ed. Arquebisbat de Barcelona, 1995, p. 9

2. «...En el límite del nuevo milenio los cristianos han de ponerse humildemente delante del Señor para preguntarse *sobre las responsabilidades que ellos también tienen en relación con los males de nuestro tiempo*. La época actual, junto con muchas luces, presenta igualmente no pocas sombras.

»Por ejemplo, no se puede callar delante de *la indiferencia religiosa* que lleva a muchos hombres de hoy a vivir como si Dios no existiese o a conformarse con una religión vaga, incapaz de armonizarse con la verdad ni con el deber de la constancia en la verdad. Es preciso añadir, también, la extendida pérdida del sentido trascendente de la vida humana y la confusión en el campo de la ética, incluso en los valores fundamentales del respeto a la vida y a la familia. Se impone también, a los hijos de la Iglesia, una verificación: ¿En qué medida también ellos están afectados por la atmósfera de secularismo y de relativismo ético?...» (Joannes Paulus II, *Tertio millennio adveniente*, núm. 36).

3. Santo Tomás pone de relieve esta unión entre pensamiento y voluntad al afirmar que la fe es retener por seguramente verdaderas ciertas afirmaciones intelectuales, bajo el influjo y la adhesión de la voluntad (*Sum. Th.* 2-2 q 4 a 1).

cimiento, una adquisición de verdades, basado en el testimonio de otra persona. Se trata de verdades que no se muestran *objetivamente* a la mente del que las recibe, pero en las que se deposita seguridad porque hay un testigo que las garantiza y una confianza, o entrega, en o a la persona de ese testigo.

El conocimiento de la fe no es opinión, y mucho menos duda, error o ignorancia. Lo que conocemos por fe lo conocemos con certeza, la misma certeza que se da en la ciencia, aunque de modo diferente. En la fe no se da una certeza fundada en la *evidencia del objeto* como ocurre en las ciencias humanas y experimentales, o basada en la intuición o en la deducción lógica o racional, sino una certeza fundada en la *autoridad de un testimonio*.

En las *ciencias* el fundamento de la adhesión de la mente a la verdad es la evidencia intrínseca de la misma. En la *fe* lo evidente no es el objeto, sino la credibilidad del testimonio, y se llega a la certeza porque el entendimiento es movido por la voluntad<sup>4</sup> de modo que no habiendo evidencia objetiva pueda haber certeza, sin embargo.

Hay así dos elementos característicos en la fe:

Se trata de aceptar un *objeto no evidente* (si hubiese evidencia ya no habría fe); al que se le da un *asentimiento incondicional* por influjo de la voluntad, movida a su vez por la autoridad del testigo. Se cree algo (asentimiento a un contenido) y se cree a alguien (asentimiento a una persona).<sup>5</sup>

De quién sea ese alguien (su autoridad, la fuerza de su testimonio, etc.) dependerá la mayor o menor intensidad y seguridad de la fe. En la fe sobrenatural ese alguien es Dios, revelado en Jesucristo, el testigo por antonomasia, al cual se debe dar la mayor credibilidad.

## La fe religiosa

Dios, que crea al hombre a su imagen y semejanza, y lo afina en el Paraíso para que sea feliz, desobedecido

4. Se cree, dice santo Tomás, no por la facultad del conocimiento sino por la voluntad (*Sum. Th.* 2-2 q 2 a 1 ad 3).

5. La fe es siempre creer algo a alguien (*Sum. Th.* 2-2 q 129 a 6).

por nuestros primeros padres, no nos condenó a la infelicidad por siempre. Como el padre que no busca en el castigo al hijo la venganza por la ofensa recibida, sino el conducirlo hacia una mayor perfección, cuando Dios nos expulsa del Paraíso ya promete un Salvador que aplastará la serpiente (Gen 3,15). La providencia divina ya tiene preparado desde entonces el plan redentor que a lo largo de los tiempos irá revelando. («Dios invisible habla a los hombres como amigo, movido por su gran amor y mora con ellos para invitarlos a la comunicación consi-go y recibirlos en su compañía»<sup>6</sup>).

San Pablo nos dice que «llegada la plenitud de los tiempos, Dios envió a su Hijo, nacido de una mujer» (Ga 4,4). La culminación del plan redentor es sorprendente, pues en Jesucristo, Dios no solamente habla al hombre, sino que le busca. La Encarnación del Hijo de Dios da testimonio de que Dios busca al hombre.

De esta búsqueda, Jesús habla como del encuentro de la oveja perdida (Lc. 15,1-7). Es una búsqueda que *nace de la intimidad de Dios* y tiene su punto culminante en la Encarnación del Verbo (...). Dios busca al hombre, que es *su posesión particular*, de una manera distinta de como lo es cada una de las restantes criaturas. Es posesión de Dios por una elección de amor: Dios busca al hombre movido por su afecto de Padre.<sup>7</sup> «El Cristo, Hijo consustancial al Padre, es, pues, Aquel que *revela el plan de Dios sobre toda la creación, y en particular sobre el hombre*. Como afirma de manera sugestiva el Concilio Vaticano II, Él "*manifiesta plenamente el hombre al mismo hombre y le descubre la sublimidad de su vocación*" (*Gaudium et spes*, 22). Le muestra esta vocación revelando el misterio del Padre y de su amor. "Imagen de Dios invisible", el Cristo es el hombre perfecto que ha devuelto a la descendencia de Adam la semejanza divina, deformada por el pecado».<sup>8</sup>

La respuesta adecuada a esta búsqueda que Dios hace del hombre es la fe. *Por la fe*, el hombre somete completamente su inteligencia y su voluntad a Dios. Con todo su ser, el hombre da su asentimiento a Dios que revela.<sup>9</sup>

## Definición de la fe

Esta fe que «es principio de la humana salvación» (Denzinger, 801), la Iglesia Católica profesa que es una virtud sobrenatural por la que, con inspiración y ayuda de la gracia de Dios, creemos ser verdadero lo que por Él ha sido revelado, no por la intrínseca verdad de las co-

sas, percibida por la luz natural de la razón, sino por la autoridad del mismo Dios que revela, el cual no puede ni engañarse ni engañarnos.<sup>10</sup>

En esta definición quedan patentes los diversos aspectos de la fe: *a)* es virtud sobrenatural (es un regalo de Dios, pero requiere la colaboración de la buena voluntad humana); *b)* tiene por verdadero lo que Dios ha revelado (es un modo de aprensión intelectual de la verdad; pero además de la inteligencia intervienen todas las facultades humanas); *c)* se cree no por evidencia intrínseca de los objetos, sino a causa de la autoridad de Dios.

El *objeto material de la fe es Dios en su naturaleza y en su obra redentora, primer principio y fin último del hombre*. El objeto formal, o sea, la razón por la cual se cree, es Dios mismo, concretamente su infinita *Veracidad*, que no puede «ni engañarse ni engañarnos». Las razones naturales que conducen a la fe son los «preámbulos de la fe», pero su causa formal es sólo la *veracidad divina*.

## Las características de la fe

Siguiendo la exposición que hace el *Catecismo de la Iglesia católica* consideramos las siguientes características de la fe:

### a) La fe es una gracia

La fe es un don de Dios, una virtud sobrenatural infundida por Él. Dios, que *quiere que todos los hombres se salven*, a todos concede de modo suficiente esta gracia que, junto con el auxilio interior el Espíritu Santo, se adelanta y nos ayuda, que mueve el corazón, lo dirige a Dios, abre los ojos del espíritu y concede gusto en aceptar y creer la verdad.<sup>11</sup>

### b) La fe es un acto humano

Pero aunque sólo es posible creer por la gracia y los auxilios interiores del Espíritu Santo, no es menos cierto que creer es un acto auténticamente humano. No es contrario ni a la **libertad** ni a la **inteligencia** del hombre depositar la confianza en Dios y adherirse a las verdades por Él reveladas.<sup>12</sup> En la fe, la inteligencia y la voluntad humanas cooperan con la gracia divina.<sup>13</sup>

10. Enrique Denzinger, *El Magisterio de la Iglesia*, núm. 1789.

11. C.I.C. 153.

12. C.I.C. 154.

13. «Creer es un acto del entendimiento que asiente a la verdad divina por imperio de la voluntad movida por Dios mediante la gracia» (S. Tomás de A., *Sum.Th.* 2-2, 2,9).

6. Del Documento de la Iglesia *Dei Verbum*, 2.

7. *Tertio millennio adveniente*, 7.

8. *Tertio millennio adveniente*, 4.

9. *Catecismo de la Iglesia católica*, 143.

El motivo de creer no radica en el hecho de que las verdades reveladas aparezcan como verdaderas e inteligibles a la luz de nuestra **razón natural**. Ya dijimos que los conocimientos que la fe nos aporta se basan en la credibilidad del testimonio; lo que ha de mostrarse como evidente no es el objeto, sino la credibilidad del testimonio. Nosotros creemos «a causa de la autoridad de Dios mismo que revela y que no puede engañarse ni engañarnos».

Los milagros de Cristo primero, y luego los milagros de los santos (Mc 16,20; Hch 2,4), las profecías, la propagación y la santidad de la Iglesia, su fecundidad y su estabilidad, son pruebas exteriores de la certeza de la revelación, signos que muestran que el asentimiento de la fe no es en modo alguno un movimiento ciego del espíritu.<sup>14</sup>

Ciertamente, las verdades reveladas pueden parecer oscuras a la razón y a la experiencia humana, pero la fe, cuya certeza se basa en la autoridad del testimonio, siendo éste la Palabra misma de Dios, la fe nos da absoluta certeza. «La certeza que da la luz divina es mayor que la que da la luz de la razón humana».<sup>15</sup>

Confundir la fe con la «opinión de la Iglesia», o poner el acento en las «dudas de fe» debido a la dificultad que las verdades reveladas pueden presentar a las naturales capacidades humanas es revelarse contra lo que son las cosas. Cuando pretendemos enjuiciar lo revelado con la sola razón, ocultamos que la razón humana no es inmune al error; que no es autónoma, sino sujeta a la verdad increada. La revelación ilustra, confirma y libra de errores a la razón.

«A pesar de que la fe esté por encima de la razón, jamás puede haber desacuerdo entre ellas. Puesto que el mismo Dios que revela los misterios y comunica la fe ha hecho descender en el espíritu humano la luz de la razón, Dios no podría negarse a sí mismo ni lo verdadero contradecir jamás a lo verdadero».<sup>16</sup>

Dios llama a todos los hombres a servirle en espíritu y en verdad. Por ello, quedan vinculados por su conciencia, pero no coaccionados. El acto de fe es **voluntario** por su propia naturaleza. La parábola del banquete nupcial ejemplifica cómo el Señor nos llama.

#### c) La fe es necesaria para salvarse

Que el acto de fe sea voluntario no puede confundirse con que la fe sea opcional, puesto que «sin la fe... es

imposible agradar a Dios» (Hb 11,6). Para obtener la salvación es necesario creer en Cristo Jesús y en Aquel que lo envió para salvarnos.

Para no perder el don gratuito de la fe que Dios hace al hombre hemos de obrar conforme a esa fe. Para vivir, crecer y perseverar hasta el fin en la fe, advierte san Pablo a Timoteo que debe combatir.<sup>17</sup>

#### d) La fe, comienzo de la vida eterna

La fe nos hace gustar de antemano el gozo y la luz de la visión beatífica, fin de nuestro caminar aquí abajo. Las experiencias del mal y del sufrimiento de este mundo sólo pueden ser asumidas desde la fe, que nos empuja al amor llenos de esperanza.<sup>18</sup>

#### e) Recibimos la fe a través de la Iglesia

Ya vimos que la fe es un conocimiento basado en el testimonio. El Testigo de nuestra fe es Jesucristo, que nos da a conocer al Padre. Pero nosotros, que históricamente no estábamos presentes cuando Jesús predicaba la Buena Nueva, la hemos recibido a través de la comunidad histórica de los creyentes.

La fe, que es un acto personal (la respuesta libre del hombre a la iniciativa de Dios que se revela), es también un acto comunitario: pues el testimonio de Cristo nos ha llegado mediante la comunidad de la Iglesia prolongada en la historia.

El creyente, que ha recibido la fe de otro, debe transmitirla a otro. Poca energía evangelizadora descubre una fe moribunda. Cada creyente es como un eslabón en la gran cadena de los creyentes. Cada creyente es «testigo de Cristo» hasta los confines del mundo y el fin de los tiempos.

Conviene tener muy en cuenta que los contenidos de la fe son un *depósito* que hemos recibido de los testimonios intermedios, y que hemos de transmitir con fidelidad e integridad, pues el *depósito de la fe* sigue siendo propiedad del deponente: Cristo. En él nada ha de ser perfeccionado por el ingenio humano.

Si Abraham es el modelo de fe en el Antiguo Testamento, en el Nuevo Testamento la Virgen María es modelo de fe. Ella cree enseguida y deja obrar a Dios según su palabra. Isabel le dirá: «dichosa la que ha creído en la palabra de su Señor» (Lc 1,45)

14. Vaticano I: DS 3008-3010.

15. S. Tomás de A., *Sum. Th.* 2-2, 171, 5 obj. 3.

16. Vaticano I: DS 3017.

17. C.I.C. nº 162.

18. C.I.C. 163-165.

EN EL 150 ANIVERSARIO DEL NACIMIENTO DE TORRAS I BAGES

## Torras i Bages: El Papa, la Iglesia, la humanidad

J.M.P.S.



Se acaba de cumplir, el pasado mes de septiembre, el centenario del nacimiento del que fue gran obispo de Vic el Dr. D. Josep Torras i Bages, así como también, en el mes de febrero del mismo año, el ochenta aniversario de su santa muerte. Su proceso de beatificación, empezado en la Balmesiana de Barcelona, a la que cedió sus manuscritos, se ha reabierto recientemente en Vic, después de unos años de inactividad. Aun siendo sólo venerable todo el mundo le llama cariñosamente «el santo obispo de Vic», por la profunda espiritualidad del magisterio de su acción episcopal y por el valor intrépido de la defensa que hizo siempre de la Iglesia y del Papa, en circunstancias políticamente difíciles.

Durante el año presente en que irá transcurriendo este centenario, desde las páginas de esta revista daremos a

conocer algunos trabajos que iluminaron en su día a sus fieles diocesanos en particular y a toda Cataluña y aún España entera, y hoy pueden también hacerlo a todos. Él es, como dijo el entonces papa Pío X, hoy san Pío X, el obispo modélico como lo dibuja el apóstol Pablo. Él es, efectivamente, un modelo, no sólo para todos los obispos sino también para edificación y orientación de los católicos en el momento actual desde una triple perspectiva.

En primer lugar, su fidelidad al Magisterio de la Iglesia, entonces centrado en los grandes papas, Pío IX, León XIII y Pío X. Precisamente Torras i Bages nació en 1846, cuando llegaba al solio pontificio el gran papa, el venerable Pío IX, a quien pronto hemos de ver también en los altares. Junto a esta fidelidad pontificia, el venerable obispo destaca por haber bebido íntimamente en las fuentes inagotables de las enseñanzas luminosas de santo Tomás. El tomismo dio a Torras i Bages la perspectiva desde la que brota todo su polifacético magisterio, esto es, la armonía entre el orden natural y el sobrenatural, desde la primacía de Dios creador de ambas realidades, y que se ordenan entre sí como lo inferior y lo superior en una proporcional participación del ser y la bondad divina.

Junto a estas dos fuentes, el magisterio del venerable obispo catalán se alimenta de una piedad sólida y profunda, pero igualmente popular. De su obra pontifical no podrían estar ausentes su mes del Sagrado Corazón, sus diversas novenas a la Madre de Dios, su explicación detallada y profunda de los misterios del santo rosario y su insuperable mes de san José. Es en estas obras donde Torras i Bages se muestra como un hombre de auténtica vida interior, de la que brota la emotiva unción de sus pastorales. En él se hermanan íntimamente la ciencia y la piedad. La piedad es el alma de su obra sacerdotal, mientras la ciencia histórica y jurídica es el instrumento apostólico de su piedad. No ahogó ni empañó esta vida de piedad su actuación pública —y en algún momento incluso política— en la que estuvo presente, tanto por su extraordinario talento, que le hizo participar activamente en la vida cultural barcelonesa (recordemos aquí su obra más conocida *La tradició catalana*), y especialmente la artística como consiliario del Cercle Artístic Sant Lluc, como por razón de su cargo eclesiástico que

desempeñó en la diócesis de Vic desde 1899 hasta su muerte en 1916.

En Torras i Bages, en fin, rige como lema de su vida el que lo era de su escudo episcopal, *Pro Christo legatione fungimur*. Fue consciente de que era un embajador de la causa de Cristo, en cuyo servicio hizo consistir toda su vida.

La obra que hoy reproducimos, en amplios extractos, es una pastoral que en la edición de sus obras se titulaba «Actualidad perenne del Pontificado». En ella, el obispo manifiesta toda la perspectiva de su teología de la historia, en la que se ha de cumplir el plan de Dios acerca de la humanidad desde la certeza del triunfo de Cristo, Rey de las naciones. La humanidad no puede vivir sin unidad y paz, pero la unidad que anhela y parcialmente consigue se ve siempre truncada por el desorden y la guerra porque la humanidad necesita una ley y una autoridad espiritual, mientras que el laicismo la busca sólo por el lado material o filosófico puramente humano, lo que es una forma superior de materialismo, pero igualmente estéril y disgregador. Sólo Dios puede unir y salvar la

humanidad, sólo la ley de Jesucristo, que es ley de amor, sólo su Vicario en la tierra, que es el genuino director espiritual de la humanidad. Sin hablar de la cristiandad medieval en que este ideal estuvo parcialmente realizado, el santo obispo se atiene sólo a las manifestaciones modernas y contemporáneas.

La Iglesia no es un grupo clerical, la Iglesia no tiene vocación de secta ni de élite. La Iglesia es la humanidad redimida. Estos dos términos no pueden separarse: ni la humanidad puede prescindir de la Iglesia ni la Iglesia puede conformarse con menos que con toda la humanidad. Es a toda la humanidad a quien Cristo ha redimido y a esta tarea están enviados sus apóstoles. Antes de la existencia de la Sociedad de Naciones, mucho antes de la actual Organización de Naciones Unidas, Torras i Bages planea la irreductible necesidad de un orden universal, pero este orden universal no será verdaderamente tal y a la vez respetuoso con todas las peculiaridades si no es espiritual. Ahora bien, el espíritu no se inventa, el espíritu procede de su fuente, que es el mismo Dios que trasciende el mundo pero por ello mismo lo ordena.

## LA ESPERANZA DEL REINO DE CRISTO

Mas como en la época precedente y en la nuestra, por las maquinaciones de los impíos, se llegó a rechazar la soberanía de Cristo Nuestro Señor y a declarar públicamente la guerra a la Iglesia, con leyes y mociones populares contrarias al derecho divino y a la ley natural, y hasta hubo asambleas que gritaban: «No queremos que éste reine sobre nosotros», por esta consagración de que tratamos, la voz de todos los amantes del Corazón de Jesús prorrumplía unánime oponiéndose acérrimamente, para vindicar su gloria y asegurar sus derechos: «Es necesario que Cristo reine. Venga a nos el tu reino». De que fue consecuencia feliz que todo el género humano, que por nativo derecho posee Jesucristo, único en quien todas las cosas se restauran, al empezar este siglo se consagrara al sacratísimo Corazón por nuestro predecesor León XIII, de feliz memoria, con aplauso del orbe cristiano.

Comienzos tan faustos y agradables, Nos, como ya dijimos en Nuestra Encíclica *Quas primas*, accediendo a los deseos y a las preces reiteradas y numerosas de Obispos y fieles, con el favor de Dios los completamos y perfeccionamos, cuando, al término del año jubilar, instituímos la fiesta de Cristo Rey y su solemne celebración en todo el orbe cristiano.

Cuando esto hicimos, no sólo declaramos el sumo imperio de Jesucristo sobre todas las cosas, sobre la sociedad civil y la doméstica y sobre cada uno de los hombres, más también presentíamos el júbilo de aquel faustosísimo día en que el mundo entero espontáneamente y de buen grado aceptará la dominación suavísima de Cristo Rey.

Pío XI: Encíclica *Miserentissimus Redemptor* (1928)

# ACTUALIDAD PERENNE DEL PONTIFICADO

*NOS, DR. D. JOSÉ TORRAS Y BAGES,*

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA OBISPO DE VICH

*Al clero y fieles de nuestra Diócesis, salud y paz en el Señor*

## **Es un hecho real que todo converge hacia el Pontificado**

En las circunstancias solemnes de la historia de la Religión, cuando la importancia de los acontecimientos convida al hombre a reflexionar y a meditar sobre los eternos destinos del Cristianismo, Nos parece oportuno ejercitar el magisterio que Dios Nos ha conferido al constituirnos, aunque indigno, Prelado de una porción de su santa Iglesia. Así hoy queremos llamar vuestra atención, amados diocesanos, sobre la actualidad sempiterna de la divina institución de Jesucristo, el Sumo Pontificado que preside a toda la jerarquía sacerdotal.

(...)

[El Pontificado] todo lo convierte y aplica al bien del linaje humano, y aun cuando su fin y objeto, la misión que le incumbe, es espiritual y sobrenatural, no obstante, influye en el orden natural y temporal de las cosas, comunicándole tal virtud, eficacia y gracia, que la Humanidad en su historia le es deudora de los más insignes beneficios y, sobre todo, de la elevación y ennoblecimiento del linaje. La criatura humana no se conoció bien a sí misma, no tuvo idea de la propia dignidad, el mundo no reconoció su grandeza, los hombres no supieron que fuesen hermanos hasta que se lo enseñaron, desde la cátedra apostólica, promulgando san Pedro, el primer Papa, aquella admirable doctrina: «Vosotros sois un pueblo escogido, un linaje real y sacerdotal»,<sup>1</sup> y «debe la fraternidad reinar entre todos los hombres de la tierra, sujetos siempre a contrariedad y conflicto».<sup>2</sup>

He aquí promulgada desde la Cátedra apostólica por su primer Pontífice la definitiva constitución de la Humanidad, contenido implícitamente en breves palabras, que los siglos irán desarrollando, el germen de la civilización cristiana, la ley sustantiva de la organización social, base de toda sociedad humana en la inmensa variedad de los siglos. Es la interpretación verdadera de nuestra naturaleza, deducida de la intuición de nuestra esencia, vista al influjo, no de la pura razón humana, que por sí sola no puede llegar a entender la ley de sí misma, no

como una comprensión puramente natural, sino como un conocimiento obtenido al influjo de la luz del Verbo eterno, quien puso en evidencia el origen, la naturaleza y el fin de los hombres.

(...)

Confunden algunos la Iglesia con el estado sacerdotal, que es su categoría eminente, y, sin duda en fuerza de esta confusión, se ha oído decir que la Iglesia era impotente para restituir al mundo la paz perdida. La Iglesia es todo el mundo, es todo el mundo cristiano, que reconoce por su cabeza espiritual, por sumo sacerdote de la Humanidad, al sucesor de San Pedro y Vicario de Jesucristo. La Iglesia no tiene la pretensión de subrogarse a todas las actividades humanas, ni de cohibirlas; al revés, las estimula, reconoce su autonomía, pues las tiene por naturales manifestaciones de la personalidad humana, criatura de Dios, como un desplegamiento de nuestra naturaleza, a la cual profesa un gran respeto, puesto que por ella se encarnó el Verbo eterno y vino al mundo para iluminarla con su doctrina. No tiene más aspiración que dirigir el espíritu de los hombres, relacionándolos con los eternos principios del Evangelio, libro el más humano que existe sobre la tierra, porque fue dictado por el Autor de la naturaleza humana, y de infundir en éstos la gracia sobrenatural mediante instrumentos divinos.

## **El Pontificado, centro de armonía espiritual**

(...)

La regla humana, la pauta social, los modernos herejes la buscan en lo exterior, en lo material y sensible, y con esta pauta quieren gobernar la sociedad y reformar al hombre. En esto precisamente consiste su error radical, y de aquí proviene que sean unos médicos que nunca llegarán a curar al linaje humano, puesto que desconocen su naturaleza. Invierten los términos del problema y por esto resulta insoluble. El espíritu es el que hace al hombre, por lo cual éste es según el espíritu que le informa; por esto también al que conoce el espíritu de un pueblo, decimos que conoce a este pueblo. Los actuales reformadores de la sociedad son discípulos del materialismo, prescinden del espíritu, y dan importancia sola-

1. I Petr., II, 9

2. Ibid., V, 9

mente a la animalidad humana. Hacen consistir la perfección social en la distribución de la riqueza, sin llegar a comprender que ésta está sujeta a la espontaneidad, al gusto, a la actividad y a la libertad del hombre, quien aumenta su riqueza o la disipa, la hace fecunda o estéril, instrumento de bien o de mal; y el uso de la espontaneidad, de la actividad, del gusto y de la libertad humana dependen del espíritu que rige a los hombres. Por esto el gran problema social no está en inventar un molde, en acertar una fórmula, en encontrar una proposición, en la manera de distribuir socialmente la riqueza; la armonía económica es claro que ha de existir, pero es una consecuencia, un efecto, una manifestación de una armonía más alta, más compleja, más noble, de una naturaleza superior que comprende todos los elementos humanos, la armonía universal que deriva del espíritu y que supone una sublime unidad de origen y de fin.

### El Pontificado, centro de la unidad universal

Dios es uno, y su obra más excelsa entre las visibles a nuestros ojos, la Humanidad, es también una. Las divisiones entre los hombres son la mayor de las calamidades, y aunque la variedad sea necesaria y constituya una excelencia exigida por la noble libertad humana, además de que es una condición de la soberana belleza de la historia, no obstante, esta misma libertad de nuestro linaje y estas variedades que le atribuyen fisonomía, gracia y fecundidad, exigen un principio, un vínculo que unifique a la Humanidad y la constituya en aquella inmensa persona jurídica ideada por el divino Redentor Jesús, cuyo admirable organismo declaró el apóstol san Pablo, predicando a todos los pueblos que la Humanidad era un cuerpo, y que tenía una sola cabeza, Jesucristo, el Verbo eterno, por medio del cual todas las cosas han sido hechas y permanecen en vida.

(...)

Los mismos yerros, los instintos desenfrenados de igualdad, las revoluciones que con estampido de trueno espantan al mundo, las necesidades y las concupiscencias humanas que hacen emigrar en todas direcciones a los hombres modernos, esparciéndolos por la tierra y mezclando las distintas razas, toda la operación y actividad humana actual se dirige a la formación de un inmenso cuerpo, a una unidad material jamás vista; pero este cuerpo inmenso necesita un espíritu también inmenso, que Jesucristo Señor nuestro, el Rey de los siglos, inmortal e invisible, tenía presente cuando pronunció aquellas palabras: «Ruego para que todos, como nosotros, sean una sola cosa.»<sup>3</sup>

(...)

3. Joan., XVII, 22

A la necesidad de un espíritu universal en el linaje humano para conservar en el mismo la unidad de vida, para establecer la gran fraternidad humana, para unir entre sí los distintos miembros de la humanidad esparcidos por toda la tierra, proveyó el divino Redentor Jesús, dio la base asentando el fundamento del equilibrio universal, cuando escogió un hombre, un pescador, San Pedro, y lo declaró piedra angular del inmortal edificio humano, que Él amasó con su sangre, diciendo: «Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, contra la cual no podrán prevalecer las puertas del infierno».<sup>4</sup>

La Iglesia es la universal Humanidad elevada al orden sobrenatural, es *mundus supernaturaliter transformatus*, según la gráfica y profunda expresión de uno de los más insignes teólogos modernos;<sup>5</sup> y de este mundo sobrenaturalizado es fundamento y condición esencial y necesaria el Sumo Pontificado.

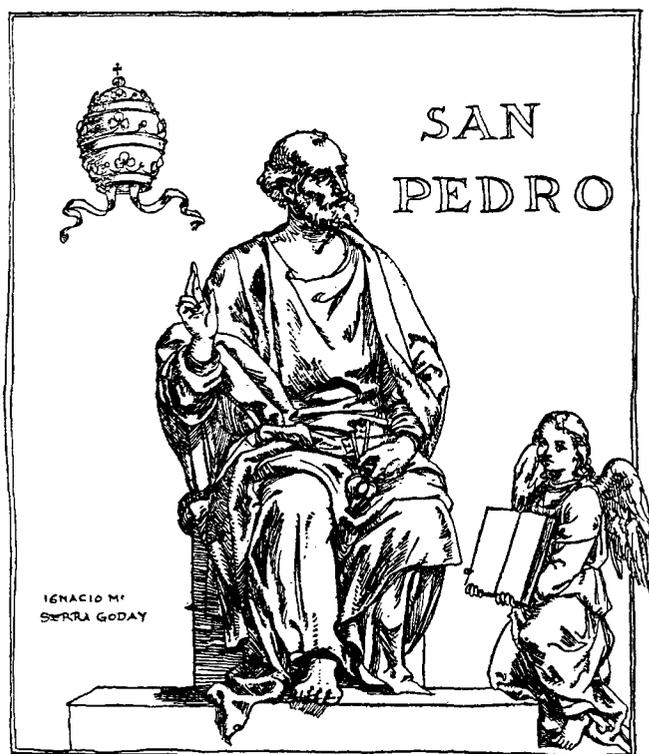
(...)

### No hay otra fuerza humana vínculo de esta unidad

Hasta con un criterio puramente natural, atendiendo tan sólo a la voz de la naturaleza, resulta evidente la necesidad de un Director espiritual de la Humanidad; si a ésta le conviene la unidad de espíritu, si los hombres han de amarse los unos a los otros, si se han de templar las contrariedades de carácter y las necesidades opuestas, y si se han de evitar las luchas, en una palabra, si se ha de obtener la unión entre los hombres de buena voluntad, y si ha de reinar en la tierra el Príncipe de la paz, que vaticinaron los profetas y saludaron los ángeles en su nacimiento en el portal de Belén. Si del acero de las armas se han de forjar arados, si el león y el cordero han de habitar juntos, si ha de venir una época de paz entre los hombres, una era de verdadera civilización humana, ¿quién será el armonizador de tanta complejidad y oposición de pasiones, de intereses, de temperamentos, de necesidades y de pareceres y juicios? ¿Quién ha de pronunciar el *pax vobis* sobre toda la estirpe humana y ser entendido por todas las lenguas de la tierra? ¿Será el filósofo que especula e inventa sistemas de reforma social y pronuncia sus oráculos subido en la trípode clásica de la iluminación científica? ¿Será el magistrado poeta que canta el himno de la paz y de la armonía humana con hechicero acento? ¿Serán el político o el administrador público que estudian las condiciones sociales de sus conciudadanos? ¿Será el periodista, tribuno de la plebe de los actuales tiempos, que calienta las cabezas de los muchedumbres y mueve el espíritu del pueblo? ¿Será el

4. Matth., XVI, 18.

5. Franzelin, *De Ecclesia Christi*.



financiero hábil en combinaciones económicas, o el escritor que se propone equilibrar la fortuna social, armonizando el interés del capital y el del trabajo?

Es indudable que todos éstos son instrumentos poderosos, medios imprescindibles para la obtención de la armonía humana, órganos convenientes en la organización universal; pero todos ellos necesitan un motor, un director, un principio que los armonice entre sí y les dé unidad de fin, uno que lleve el compás de la armonía humana por la cual suspiran todos los corazones generosos.

(...)

Un vínculo civil, político, económico o filosófico que una entre sí a todos los hombres y a los distintos reinos y repúblicas del mundo civilizado es imposible, porque los hombres y las sociedades son irreductibles a uno en el derecho civil y político, en el interés económico y hasta en la especulación filosófica. Dentro de un mismo estado varían las formas del derecho; cada pueblo engendra una distinta institución política; las antinomias económicas aparecen como dolencia crónica hasta dentro de una sociedad determinada, dolencia que hoy reviste carácter agudísimo; y los sistemas filosóficos varían, no solamente según los pueblos, sino que hasta cada filósofo tiene la pretensión de engendrar uno nuevo, como se puede ver en la moderna Alemania, que hizo del filosofar un *sport* intelectual acomodado a los distintos temperamentos.

Solamente el derecho natural tiene una existencia extensa y cosmopolita, capacidad para contener en sus principios el germen social, porque el Creador lo grabó en el fondo de nuestro ser; pero las preocupaciones, el interés propio, los refinamientos intelectuales y otras causas, fácilmente lo ahogan, como evidentemente se puede ver en nuestros días, en que ciertas escuelas sociales niegan e impugnan hasta los principios fundamentales del derecho de la naturaleza, como son la autoridad, la familia y la propiedad. El derecho natural, pues, necesita un auxilio, y el Maestro divino manifestó evidentemente, como se lee en el Evangelio,<sup>6</sup> que Él había venido al mundo para restaurar, ratificar y completar el derecho natural, que es la base esencial de la ley cristiana.

De consiguiente, el encargado de conservar la armonía universal, el director espiritual de nuestro linaje, el oráculo del mundo que ha de declarar lo conveniente, lo útil, lo equitativo, lo humano en las supremas relaciones sociales e internacionales, no puede ser ni el emperador, ni el rey, ni el presidente de república, ni el financiero, ni el filósofo. La relación que une entre sí a los hombres, el punto de unión de las distintas ramas humanas, la conexión de los espíritus entre los hombres de buena voluntad, sea cualquiera la raza a que pertenezcan, es muy íntima y profunda, está en la esencia de nuestra naturaleza y es, por lo tanto, una cosa delicada, difícil de ser tratada, que no puede mirarse a la luz de una ciencia particular, de un sistema de filosofía, de un criterio anticuado o modernista, sino que se ha de mirar al influjo de la Luz increada, inmortal y eterna, que ilumina al mundo desde que es mundo, que ha iluminado a todas las civilizaciones.

(...)

El entusiasmo es necesario para regir el espíritu de la Humanidad en general, y hasta el de los hombres en particular. No el entusiasmo juvenil que nace de la pasión, por su naturaleza tumultuosa y transitoria, poco serena y muy expuesta a ilusiones; no el entusiasmo del sistema, de la raza, del desarrollo industrial, agrícola o mercantil, ni el idealismo artístico, sino el entusiasmo tal cual lo adivinó la intuición humana al inventar la palabra, es decir, la influencia, la posesión, la agitación mental y sentimental promovida por Dios; o hablando en lenguaje cristiano y expresando la doctrina del Evangelio, la caridad que consiste en amar a Dios sobre todas las cosas, de donde deriva, como de purísima fuente, el amor a los hombres.

(...)

Un gobierno universal, una dirección de todos los hombres y de todos los pueblos supone también un amor universal, un equilibrio de amor, un estímulo afectuoso, constante, de un origen distinto del origen de los afectos humanos. El amor del hombre se deriva de las cualida-

6. Matth, XIII, 35.

des y perfecciones de la cosa amada, y corresponde a la excitación producida por los mismos objetos a que se dirige; si se trata de personas, el amor hacia ellas depende de que sean amables, es decir, de que posean facultades o condiciones que estimulen nuestros afectos; por esto el amor es variable porque varían también los estímulos de las personas y de las cosas. De consiguiente, el origen del amor fundamental, el motor afectivo de la dirección espiritual de la Humanidad esparcida por toda la tierra, de todas razas, de diferentes grados de civilización, pertenecientes a distintos estados, de condiciones económicas diversas, ha de ser amor de una procedencia distinta del amor humano, ha de tener un estímulo más alto, por su naturaleza ha de ser constante, persistente, invariable, que no dependa de las condiciones y cualidades de los hombres, o lo que es lo mismo, ha de amar a éstos aunque ellos por sí no sean amables, ha de ser un amor invencible que la contrariedad no convierta en odio, que no obre por preferencias, por simpatías o antipatías naturales, sino que sea un amor derivado de un criterio sublime e independiente de naturales atracciones, en una palabra, que proceda de Dios y que sea, según la frase de un padre de la Iglesia, gemelo del amor de Dios y hasta una misma cosa con Él.

### Independencia del Pontificado

El Papa es por excelencia la cabeza de la Humanidad; de aquí que no pueda pertenecer a ningún Estado, porque es de todas las naciones de la tierra, tiene una existencia internacional y posee una cierta ubicuidad.

(...)

El Pontificado vive en virtud de su propio derecho, que no le otorgó potestad humana alguna; posee un derecho absoluto e independiente que sirve de salvaguardia a todos los derechos del linaje humano; es la garanta de todos los derechos, del derecho del emperador, rey o presidente, y del derecho del simple ciudadano, del derecho del rico y del derecho del pobre. (...) Es la augusta realización del *pax vobis* pronunciado por Jesucristo sobre nuestro linaje, y fuera de la palabra pontificia no hay otra palabra que tenga esta virtud universalmente pacificadora. Y tiene esta virtud, porque el Papa no es un ciudadano italiano, francés o alemán, sino porque es el hombre de Dios y cabeza del linaje; y esta virtud pacificadora, este imperio universal sobre los espíritus, no daña a la potestad civil de ninguno de los estados del mundo a los cuales la doctrina apostólica, la potestad pontificia, defiende, ampara, protege, y bajo pena de pecado manda la obediencia, no por el servil temor de la pena temporal que impone la espada de la justicia humana, sino por el interno estímulo de la conciencia cristiana, en la cual

resuena la voz del Verbo eterno, que dice: «obedeced a vuestros prelados»<sup>7</sup> y «toda persona esté sujeta a las potestades superiores».<sup>8</sup>

(...)

### El Pontificado, garantía de la humana libertad

La autoridad universal del Romano Pontífice, extendiéndose por todo nuestro linaje, es la garanta más sólida de la libertad de los hombres y de la fraternidad entre los naturales de todas las regiones de la tierra. Su significación adversa a la tiranía se desprende evidentemente de la naturaleza de esta institución divina. Los actuales filósofos políticos reclaman la división de los poderes legislativo, ejecutivo y judicial como necesaria para asegurar la justicia y la libertad de los ciudadanos; pero es indudable que la división de poderes más necesaria e imprescindible para asegurar la dignidad y la libertad humanas, es la división entre el poder político y el religioso. La Religión en manos de la potestad civil, el príncipe o presidente político ejerciendo de pontífice, es la derogación de aquel principio de Jesucristo tan claramente expresado, ley eterna de la distinción entre la política y la Religión, y único medio de asegurar la libertad de la conciencia cristiana: Dad a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César.

Los Césares han pasado por ahora; pero la potestad civil quiere constituirse su sucesora, y después de haber abominado del antiguo absolutismo, vemos ahora cómo las modernas oligarquías pretenden también ejercerla, y hablando de democracia y de libertad oprimen el ejercicio de la Religión y la tratan con grosera mano. De aquí es que la antigua pasión invasora que padecía el imperio, las tentativas de la monarquía absoluta para inmiscuirse en el gobierno eclesiástico, la cuestión medieval de las investiduras, la intervención del estado en la vida religiosa que tantas veces se manifestaba en las pasadas formas políticas, hoy subsiste.

(...)

Por esto la defensa de la más esencial e imprescindible de las libertades humanas, de la libertad de conciencia; por esto el sostenimiento del principio típico, propio y característico del cristianismo, es decir, la existencia en el mundo de una magistratura de derecho divino, que no tiene origen terrenal, que ha sido instituida directamente por el Verbo de Dios encarnado, y que es depositaria de una sabiduría sobrenatural, no nacida, de consiguiente, en ninguna academia ni escuela filosófica, sino de unos principios de justicia y de equidad que no pro-

7. Hebr., XIII, 17.

8. Rom., XIII, 1.

vienen de escuela jurídica alguna, exigen una base, una dirección y una defensa que otorgó Jesucristo a san Pedro y a sus sucesores cuando dijo al primero: «Yo rogaré por ti para que no desfallezca tu fe, y tú después confirma en ella a tus hermanos... Tú eres como una piedra, y sobre ella edificaré mi Iglesia, contra la cual jamás prevalecerán las puertas del infierno... apacienta mis cordeles y mis ovejas».

Los pastores secundarios distribuidos entre todas las naciones de la tierra, no han obtenido esta promesa directa y categórica de la asistencia divina; pero por la unión con la piedra fundamental, unidos con ésta por la jerárquica dependencia, unificados con ella, participan de la influencia divina, de la vida segura e inalterable que deriva del Verbo eterno, la cual se comunica a todos los cristianos, como la cabeza comunica acción y vida a todos los miembros que de ella dependen.

(...)

### **El Pontificado en la actual complejidad social y oposición de aspiraciones**

Al compás de la perfección aumenta la complicación social; los seres, cuanto más perfectos son, son también más complicados. La finura, la multiplicación del detalle, lo que podríamos llamar riqueza de ornamentación de la arquitectura social, la multiplicidad de elementos, los refinamientos que se desarrollan con el transcurso del tiempo, la desigualdad de las masas que integran el edificio y la contrariedad de las necesidades que éste ha de satisfacer, toda la inmensa variedad y contraste que naturalmente lleva consigo una civilización antigua, desarrollada y rica, exige un principio de unidad. Sin unidad no puede haber civilización elevada y sólida, porque le faltaría realidad de vida, ya que la aparente riqueza y variedad de elementos y de novedades constituye una frivolidad que sólo sirve para satisfacer transitoriamente a hombres infantiles.

No hay grandeza posible sin unidad; cuando la civilización sube, los pueblos, sin perder la propia personalidad, van juntándose; las razas fraternizan; las clases sociales, cuya distinción se funda en la ineludible ley de la naturaleza humana, se aproximan y armonizan entre sí; las ciencias y las artes se confederan; el comercio establece una circulación material entre los diferentes países del mundo, y el linaje humano se nos presenta entonces grandioso y cumpliendo aquel precepto que le dirigió el Criador, cuando después de darle la existencia en la persona de los primeros padres, le dijo: «Poblad la tierra y subyugadla».<sup>9</sup>

9. Genes., I, 2.

Las diferentes civilizaciones que enumeramos en la historia de las épocas pasadas iban incluidas en una idea que, cual germen de vida, ha dado movimiento y fecundidad parcial al linaje humano; la civilización definitiva y permanente del mundo, la forma perfecta de la Humanidad, la civilización universal exige una unidad superior de claridad inmensa, la luz del Verbo de Dios, del cual fueron como insignificantes chispas las ideas que informaban las civilizaciones pasadas, preámbulos de la civilización universal y definitiva.

El Evangelio es por excelencia la ley de los hombres, no la ley que constituye ciudadanos; la ley de los ciudadanos es humana, la de los hombres es divina, que por esto el Estado es obra humana y la Sociedad es obra divina. Cuando la Humanidad ha llegado a la plenitud de la Ley, a un alto grado de perfección social, la forma civilista, la opresión del Estado, los vínculos legales se suavizan; el hombre prevalece sobre el ciudadano, y la sociedad universal humana sobre las sociedades parciales formadas en virtud de vínculos civiles, todo contribuye a reconocer la unidad de la vida humana y a buscar un principio y una autoridad que, extendiéndose sobre todo el linaje, identifique a los hombres entre sí. Del mundo nunca desaparecerá la diferencia de clases entre los hombres, y la distinción de estados políticos que se derivan de las accidentales discrepancias propias de los hombres situados por la Providencia en lugares distintos y en posiciones diversas; pero la perfección consiste en aproximar entre sí las clases sociales, en hermanarlas, y en fomentar entre los estados las relaciones de amistad y de servicios recíprocos; entonces la diferencia de clases sociales y de estados políticos son elementos de la sociedad universal humana, que contribuyen a la variedad de la misma sin perturbar su necesaria armonía.

El Verbo de Dios, que gobierna el mundo, reservó para la plenitud de los tiempos la revelación de la Ley universal y de la Autoridad universal.

(...)

La Ley de la historia es la Ley de la Providencia; el desenvolvimiento de la Humanidad no es un desarrollo ciego y fatal sino el desplegamiento de la actividad inteligente y libre de las criaturas bajo la dirección divina que gobierna el mundo; el río de las épocas cristianas que desciende de la caudalosa y celestial fuente del Calvario y que va extendiéndose por toda la tierra y por todas las generaciones, a su paso encuentra cascadas, hondos valles, llanos, montañas y angosturas, y exige un ingeniero que dirija su curso y sepa sacar provecho de su fecundidad y de su fuerza. El Cristianismo ha dado a nuestro linaje su más alta excelencia: la Humanidad gobernándose a sí misma con el auxilio de Dios. La esencia del Cristianismo consiste precisamente en un Hombre unido personalmente con Dios, que rige a todo el linaje,

y dándole la ley y la dirección de su espíritu, no le priva de la libertad, sino que se la ratifica y robustece; ni le impide la facultad racional, sino que, al revés, se la ilumina espléndidamente, evitándole las tinieblas del error que naturalmente se desprenden de la fermentación de nuestras pasiones y de la limitación de nuestro entendimiento.

Dejó el Hombre-Dios en la tierra quien le representara, un Vicario que continuase la dirección espiritual del linaje en las diversas condiciones y circunstancias que en su desarrollo presenta la vida. Ésta varía continuamente en sus incidentes: las doctrinas, las costumbres, los gustos, las necesidades ofrecen una continua mutación de forma sobre un fondo siempre idéntico, y por esto el divino Redentor que con su venida quiso aprovechar a todas las generaciones, estableció la magistratura del Sumo Pontificado, prometiéndole una continua asistencia divina, para que dándole la alta pauta de una disciplina espiritual, la norma de la justicia y de la equidad, enseñando el equilibrio de las pasiones, señalando de una manera fija la dirección de la vida por la revelación del fin que tiene la Humanidad sobre la tierra, no solamente quedase asegurada a cada uno de nosotros su suerte eterna, sino que también a la sociedad pública el orden, la armonía y la paz.

### Fuerza de la palabra pontifical

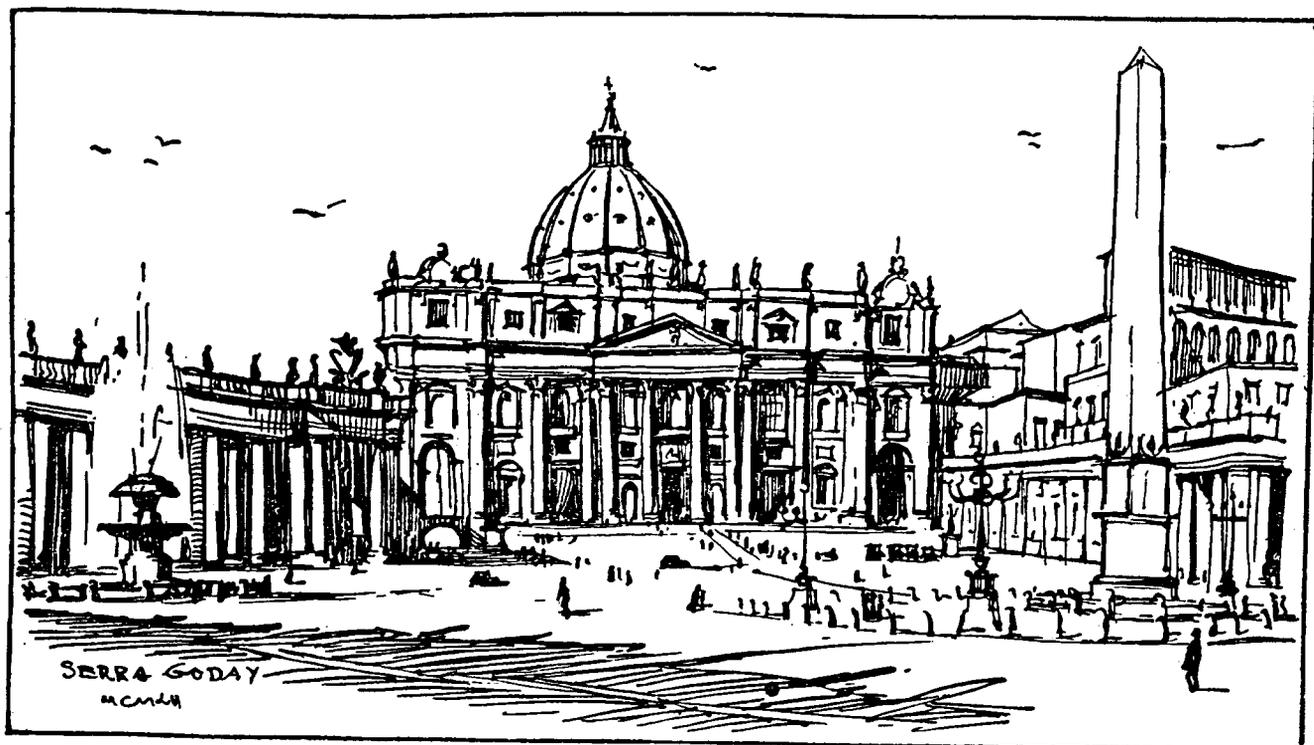
Y el mundo comprende perfectamente esta misión de aquel a quien no sólo los católicos, sino también a su manera protestantes, cismáticos y gentiles, tienen por el Sumo Sacerdote de la Humanidad, por el hombre cuyo oficio consiste en ser mediador delante de Dios, maestro sobrenatural de la ciencia de la vida e intermediario entre las diversas clases de la sociedad y entre los distintos pueblos de la tierra: el Obispo de Roma.

(...)

Ningún poder del mundo puede compararse al poder de la palabra pontificia. Ella hace y deshace. A veces el mundo se insubordina en contra de ella, se escandaliza de la misma, la blasfema; las potestades terrenales e infernales se conjuran para abolirla, mofándose de ella y persiguiendo cruelmente a los que la escuchan y obedecen; pero la tempestad pasa, los negros y espesos vapores de la mundanal pasión quedan desvanecidos, y el sol de la palabra pontificia resplandece de nuevo y los hombres la reciben con amor y agradecimiento.

(...)

Dada en Nuestro Palacio Episcopal de Vich, 22 de agosto de 1903



## PARÁBOLAS DE SANTA TERESITA (2)

### El trasplante de la florecita al Carmelo

Por la tarde, al volver de Vísperas, se me presentó la ocasión deseada. Papá había ido a sentarse en un banco del jardín, y allí, con las manos juntas, contemplaba las maravillas de la naturaleza. El sol poniente doraba con sus últimos rayos las altas copas de los árboles, y los pajaritos gorjeaban su oración de la noche.

Una expresión del todo celestial se reflejaba en el hermoso rostro de mi padre y sentía yo que la paz inundaba su corazón. Sin pronunciar una palabra, pero con los ojos llenos de lágrimas, fui a sentarme a su lado. Me miró con ternura indescriptible y, apoyando mi cabeza contra su pecho, me dijo: ¿Qué tienes, reinecita mía? Vamos, dime lo que te pasa... Y, levantándose como para disimular su propia emoción, empezó a andar lentamente sin dejar de estrecharme contra su pecho.

Derramando lágrimas, le hablé del Carmen y de mis deseos de entrar en él muy pronto. Entonces lloró él también, pero nada me dijo que pudiese desviarme de mi voluntad; sólo me observó que era aún muy joven para tomar una determinación tan importante; mas como insistiese yo defendiendo bien mi causa, se dio pronto por convencido. Después de haber desahogado mi corazón, continuamos largo rato nuestro paseo; mi padre ya no lloraba, antes bien me hablaba como pudiera hacerlo un santo. Acercándose a un muro poco elevado, mostróme unas florecillas blancas que parecían azucenas en miniatura y, cogiendo una de ellas, me la dio, explicándome con qué cuidado la había hecho florecer el Señor y la había conservado hasta aquel día.

Tan sorprendente era el parecido entre la florecilla y Teresita, que creí oír referir mi historia, por lo que recibí aquella florecita como una reliquia. Noté que al cogerla papá, la había arrancado con todas sus raíces sin romperlas; parecía, pues, destinada a vivir en otra tierra más fértil, y pensé que lo mismo acababa de hacer conmigo, permitiéndome trocar el dulce valle, testigo de mis primeros pasos en la vida, por la montaña del Carmelo.

Pegué mi florecita blanca en una estampa de Nuestra Señora de las Victorias: la Virgen Santísima le sonríe y el Niño Jesús parece sostenerla en su manita. Ahí está todavía, sólo que el tallo se ha partido muy cerca de la raíz, como si quisiera Dios avisarme con esto que romperá muy pronto las ligaduras de su florecita, y no la dejará marchitarse en la tierra.

(Primer manuscrito a la madre Inés de Jesús)

### ¿A quien se perdona menos, ama menos?

¡He visto tantas (*almas*), seducidas por esa falsa luz (*del mundo*), precipitarse en ella como incautas mariposas, quemarse las alas y tornar luego heridas a Jesús, fuego divino que abrasa sin consumir!

¡Ah!, bien lo sé; el Señor me conocía demasiado débil para exponerme a la tentación; sin duda me hubiera quemado enteramente en la engañosa luz de las criaturas; mas no brilló ante mis ojos. Allí donde las almas más fuertes encuentran la alegría y se desprenden de ella por fidelidad a Dios, no he encontrado yo más que aflicción. ¿Dónde está, pues, mi mérito por haberme librado de esas frágiles ligaduras, puesto que únicamente un dulce efecto de la misericordia de Dios me preservó de ellas? Sin Él, lo reconozco, habría podido caer en tanta abyección como la Magdalena; y las profundas palabras del Divino Maestro a Simón el fariseo, resuenan con gran dulzura en mi alma. Sí, sé *que aquel a quien se perdona menos, ama menos* (Luc, 7,47), pero sé también que Jesús me ha perdonado más que a la Magdalena. ¡Ah!, ¿cómo quisiera expresar lo que siento? Pondré al menos un ejemplo que interprete de algún modo mi pensamiento.

Supongamos que el hijo de un sabio doctor, al tropezar en su camino con una piedra, cae y se rompe un miembro. Acude su padre al punto, lo levanta amorosamente, cura sus heridas, empleando en ello todos los recursos de su ciencia, y luego su hijo, completamente curado, le demuestra su gratitud. Indudablemente, este hijo tiene razón en querer a tan buen padre.

Mas he aquí otra suposición: Habiéndose enterado el padre de que en el camino por donde ha de pasar su hijo hay una piedra peligrosa, toma la delantera y la quita, sin ser visto por nadie. Ciertamente que si su hijo, objeto de tan previsora ternura, ignora la desgracia de que le ha preservado la mano paterna, no le demostrará agradecimiento alguno, ni le amará tanto como si le hubiese curado una herida mortal. Pero si después lo descubre todo, ¿no le querrá mucho más?. Pues bien: yo soy este hijo, objeto del amor providente de un Padre *que no ha enviado a su Verbo para rescatar a los justos, sino a los pecadores* (Luc, 5, 32). Quiere que le ame porque me ha perdonado, no **mucho** sino **todo**. Sin esperar que le ame mucho como la Magdalena, me ha dado a conocer la inefable previsión con que me amó, a fin de que ahora *le ame con locura*.

(Primer manuscrito a la madre Inés de Jesús)

## «Es el corazón del Evangelio lo que ha vuelto a encontrar»

*Radiomensaje de Pío XII, a los fieles congregados en Lisieux  
con ocasión de la consagración de la Basílica de Santa Teresa del Niño Jesús  
(11 de julio de 1954)*

La consagración de la Basílica votiva que los fieles del mundo entero han contribuido a erigir en honor de Santa Teresa del Niño Jesús, evoca en Nuestro corazón emocionantes recuerdos. Diríase que fue ayer, y sin embargo, diecisiete años han transcurrido ya desde aquel 11 de julio de 1937, en que, como Legado *a latere* de nuestro Venerado Predecesor, en la dulce tierra de Francia, en el Congreso Eucarístico nacional de Lisieux, teníamos el gozo de proceder a la inauguración y bendición de esta misma Basílica, recién construida, y de exaltar en Nuestro discurso una triple presencia de Dios: en el nuevo templo que se abría al culto, en la Santísima Eucaristía a la que solemnemente se veneraba, y en el alma abrasada de amor de la generosa Carmelita.

También este año, para la consagración solemne, hemos querido a Nuestra vez estar con vosotros en la persona muy cara y digna de nuestro Legado, el Cardenal Arzobispo de París.

Pero los promotores de estas fiestas han pensado que serían más hermosas aún, si en ellas pudiera hacerse oír Nuestra humilde voz. Pensando también en los innumerables fieles que, a pesar de sus deseos, no pueden asistir, quisiéramos, en algunas palabras, interpretar el fervor y la admiración de todos para con Santa Teresa del Niño Jesús. Si la Divina Providencia ha permitido la extraordinaria difusión de su culto ¿no es porque transmitió y continúa transmitiendo al mundo un mensaje de una asombrosa penetración espiritual, de un testimonio único de humildad, de confianza y de amor?

### **Mensaje de humildad**

¡Mensaje de humildad, primero! Qué extraña aparición en el seno de un mundo pagado de sí mismo, de sus descubrimientos científicos, de sus virtuosismos técnicos, el resplandor de una joven que no se distingue por ninguna acción brillante, ninguna obra temporal. Con su absoluto desprendimiento de las gran-

dezas terrenas, la renuncia a su libertad y a las alegrías de la vida, el sacrificio, cuán doloroso, de los más tiernos afectos, se constituye en antítesis viviente de todos los ideales del mundo. Cuando los pueblos y las clases sociales se desafían o se enfrentan por la preponderancia económica o política, Teresa del Niño Jesús aparece con las manos vacías: fortuna, honor, influencia, eficacia temporal, nada le atrae, nada la retiene, sino sólo Dios y su Reino. Pero en desquite, el Señor la introduce en su casa, le confía sus secretos; Él le ha revelado todas estas cosas que encubre a los sabios y poderosos.<sup>1</sup> Y ahora, después de haber vivido silenciosa y oculta, he aquí que habla, he aquí que se dirige a toda la humanidad, a los ricos y a los pobres, a los grandes y a los humildes. Y les dice con Cristo: «Entrad por la puerta estrecha. Pues ancho y espacioso es el camino que lleva a la perdición, y son muchos los que lo toman; pero estrecha es la puerta y angosto el camino que lleva a la Vida, y pocos son los que le hallan».<sup>2</sup>

La puerta, estrecha en verdad, pero accesible a todos, es la de la humildad. Teresa del Niño Jesús, que por ella entró en el paraíso, se mantiene en el umbral, los brazos cargados de rosas, y muestra su «caminito de infancia». Es el Evangelio mismo, el corazón del Evangelio, el que ha vuelto a hallar, mas con qué atractivo, con qué frescor. «Si no os volvéis como niños, no entraréis en el Reino de los cielos».<sup>3</sup> No os apoyéis, pues, en la fuerza, el dinero, la inteligencia y todos los demás recursos humanos. Buscad lo único necesario. Aceptad el yugo del Señor, suave y ligero; reconoced su soberano dominio sobre vuestras personas, vuestras familias, vuestras sociedades, vuestras naciones. Acoged su ley de mutua ayuda fraterna y conoceréis la paz y la tranquilidad. Renunciando a los apoyos ilusorios de una civilización com-

1. Cf. Mt 11,25.

2. Mt 7,13.

3. Mt 18,3.

pletamente material, hallaréis la verdadera seguridad que Dios da a los que no adoran más que a Él.

### Mensaje de confianza

Mas, por dulce y sonriente que sea la mensajera, muchos encontrarán esta humildad difícil de practicar. Los hombres de hoy, manchados de tantas faltas, entorpecidos por su egoísmo, ¿pueden esperar aún enderezarse, sacudir sus trabas morales y ponerse en marcha hacia Dios? ¿No tiene el Señor horror de tantas cobardías y divisiones, de tanta avaricia y sensualidad? ¿Que Teresa, ella misma, dé la respuesta! Que declare con maravillosa franqueza hasta qué punto tiene conciencia de su debilidad y de su absoluta desnudez, ella, la incomparable privilegiada, el alma escogida para favores incomprensibles. Una niña incapaz de izarse un peldaño sobre la escalera, de avanzar unos pasos sin tropezar, así se ve ella ante Dios. Pero porque está cierta de su total impotencia, fija en Dios una mirada implorante. Hija de un admirable cristiano, ha comprendido, sobre las rodillas de su padre, los tesoros de indulgencia y de compasión que encubre el corazón del Señor. Y afirma, segura de interpretar las disposiciones del Padre celestial: «No es porque haya sido preservada del pecado mortal, que me elevo a Dios por la confianza y el amor. ¡Ah! lo siento, aunque tuviera en la conciencia todos los crímenes que se pueden cometer, no perdería ni un ápice mi confianza; iría, con el corazón destrozado por el arrepentimiento, a echarme en los brazos de mi Salvador... pues sé a qué atenerme respecto a su amor y su misericordia». <sup>4</sup> Fórmula que resume admirablemente el pensamiento de Santa Teresa del Niño Jesús: Dios es un padre cuyos brazos están constantemente tendidos hacia sus hijos. ¿Por qué no responder a su gesto? ¿Por qué no hacer llegar hasta Él, sin cesar, el grito de nuestra inmensa miseria? Hay que fiarse en las palabras de Santa Teresa, cuando invita, al más miserable como al más perfecto, a no hacer valer ante Dios más que la debilidad radical y la pobreza espiritual de una criatura pecadora.

### Mensaje de amor

Pero esta criatura está destinada también a recibir el más deslumbrante de los dones del Cielo: el amor

4. *Historia de un alma*, cap. X.

divino. Desde su más tierna infancia, Teresa se siente poseída de él, entregada a todas sus exigencias, incapaz de negarle cosa alguna. Poco a poco se concretan los renunciamentos que espera de ella. No se le ahorrará ningún sacrificio: Dios, como una llama ardiente, la consumirá por entero hasta la última agonía, que tendrá su cumplimiento en la fe pura, privada de toda consolación. Pero Santa Teresa sabe que presenta una ofrenda expiatoria por las faltas del mundo, que continúa en su carne y en su corazón lacerados los misterios de la Cruz. ¿No se llama Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz? El manto real de que Cristo reviste a su elegida, es el manto de púrpura de su Pasión redentora. Pues Teresa sabe que así conquista las almas y que un día sus «inmensos deseos» se realizarán con sobreabundancia. «Oh, Dios mío, Trinidad beatísima, exclama, yo deseo amaros y haceros amar, trabajar en la glorificación de la Santa Iglesia, salvando las almas». <sup>5</sup> Al igual que Francisco Javier, llegará a ser Patrona de las Misiones católicas. Y el homenaje que el pueblo cristiano le rinde también, unánime, en este día, atestigua la fecundidad universal de su sacrificio.

¡Oh, Santa Teresa del Niño Jesús, modelo de humildad, de confianza y de amor, desde lo alto de los cielos, deshojad sobre los hombres esas rosas que traéis en vuestros brazos: la rosa de la humildad, para que abajen su orgullo y acepten el yugo del Evangelio; la de la confianza, para que se abandonen a la voluntad de Dios y descansen en su misericordia; la rosa del amor, en fin, para que, abriéndose sin medida a la gracia, realicen el fin único para el cual Dios los ha creado a su imagen: amarle y hacerle amar.

No quisiéramos terminar este Mensaje sin evocar a Aquella cuya sonrisa llevó a Teresa niña la curación milagrosa y que permaneció el sol de su vida, la Santísima Virgen. Nos alegramos al ver desarrollarse durante el Año Mariano la grandiosa manifestación que os congrega hoy en Lisieux, y confiando Nuestros votos a la «florecita de María», imploramos sobre vosotros, Venerables Hermanos y queridos hijos, y sobre el mundo entero, la efusión de las gracias que la misericordia de Dios ha querido confiar en las manos purísimas de Santa Teresa del Niño Jesús.

5. *Historia de un alma*, «Acto de ofrecimiento como víctima de holocausto».

## EN RECUERDO DEL CARDENAL NARCISO JUBANY ARNAU

Los fieles que, con asistencia multitudinaria, estuvimos presentes en las exequias del cardenal Narciso Jubany en la catedral de Barcelona, no olvidaremos nunca aquel acto, en el que nos sentimos íntimamente insertos en una experiencia profunda de comunión espiritual.

En aquel acto, con el cardenal Ricardo María Carles, y con todos sus obispos auxiliares de Barcelona, concelebraron otros dos cardenales, Marcelo González Martín y Ángel Suquía Goicoetxea, y el presidente de la Conferencia Episcopal Española, monseñor Elías Yanes.

El recuerdo de aquel momento, que reavivó el de toda una vida, me lleva a aludir, como homenaje al que fue nuestro prelado durante tantos años, a algunas actitudes y rasgos de su vida de cristiano, sacerdote y pastor.

Nuestro cardenal Jubany sintió y manifestó a lo largo de toda su vida una consciente y perseverante piedad mariana. Es esta una dimensión en cierto sentido muy públicamente conocida, y de ella pueden dar testimonio los peregrinos barceloneses de la Hospitalidad de Nuestra Señora de Lourdes, que le vieron y oyeron como

peregrino ferviente y devoto en el milagroso santuario en numerosas ocasiones.

Es también el testimonio del párroco de San Isidro de Hospitalet de Llobregat, mosén Felip-Juli Rodríguez Piñel, que escribía en *Catalunya Cristiana*: «Del Dr. Jubany he admirado siempre las expresiones visibles de un hombre creyente en Jesucristo, hecho Iglesia: verlo rezar cada día las tres partes del santo Rosario por el patio de los camilos [se refiere a la residencia donde el Cardenal pasó sus últimos años], o con las religiosas; presidir la celebración de la eucaristía con aquella serenidad y conciencia sacerdotal como un verdadero servidor de la comunidad eclesial» (9 de enero de 1997).

No puedo dejar en silencio el haber podido gozar de esta experiencia de la devoción mariana del cardenal Jubany en convivencia familiar. A un querido e inolvidable hermano mío, le dijo muchas veces la madre del doctor Jubany que desde el día en que su hijo, todavía casi un niño, entró en el Seminario, había rezado por él a la Santísima Virgen para que Dios le hiciese un santo sacerdote.

A este hermano mío debimos varias familias —descendientes de los mismos antepasados que el Cardenal Jubany— el poder reunirnos en muchas ocasiones, desde los años en que era él obispo de Gerona, hasta poco antes de su muerte, para rezar juntos el Rosario, en San Andrés de Llavaneres.

Se trataba de una tradición de nuestros abuelos, que mi hermano Antonio reanudó, y que después su hija María Rosa y su yerno Enrique continuaron. Unas sesenta personas de distintas edades rezábamos, dirigidos por el doctor Jubany, que acompañaba la plegaria con unas breves pero fervientes exhortaciones antes de cada uno de los misterios.

Esto daba ocasión a conversaciones íntimas y familiares, en una de las cuales le oímos comentarios muy profundos en torno a la oportunidad de que fuese declarado Doctor de la Iglesia santa Teresita del Niño Jesús.

Tuve ocasión de recordar esto cuando el cardenal Jubany, que puso el prólogo a la obra *Carisma de Teresa de Lisieux. Su itinerario espiritual a la luz de sus manuscritos autobiográficos*, firmada por Ángel de los Gavarres, quiso también presidir la presentación del libro en la Fundación Balmesiana, a la que asistió una numerosa y fervorosa concurrencia.

Del citado prólogo son estas palabras:

«Los obispos franceses, durante la celebración de su asamblea plenaria del mes de octubre de 1991, acordaron



EL CARDENAL NARCISO JUBANY

BARCELONA, 31 de desembre de 1990

Rvnd. P. Pere Suñer  
B A R C E L O N A

Benvolgut P. Suñer:

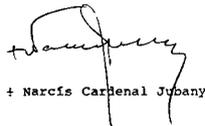
Em sento amb el deure de fer-li arribar, ben aviat, una explicació, i demanar-li excuses per la meua absència d'aquest matí, en la celebració eucarística de Balmesiana. Ha estat un oblit meu inexplicable, perquè aquests darrers dies ho havia recordat i comentat. A més Vostè me'n va fer memòria novament per telèfon.

Estic segur que Vostè i els altres dirigents de l'Escola del Sagrat Cor se n'han fet càrrec i no han vist cap intenció torçada. Bé recordarà Vostè com vaig acceptar complagut la invitació que em va fer i com em vaig alegrar per la mateixa celebració, que coronava unes llargs esforços. Estava molt content que s'hagués pogut resoldre el problema que els havia preocupat seriosament. Vaig fer el que em fou possible en aquelles circumstàncies. Per això m'agradava ser present a la inauguració dels nous locals de l'Escola a Balmesiana.

Aquest matí, quan m'han avisat, era ja massa tard i no tenia mitjans ràpids per traslladar-me. Ho sento de veritat. Ja ho saben per l'explicació que els ha donat el meu secretari Mn. Davessa, quan ell anava al Bisbat per un assumpte urgent i s'ha adonat que la gent estava esperant. Aleshores ell també s'ha recordat del compromís i m'ha telefonat de seguida.

Li prego que vulgui donar coneixement del contingut d'aquesta carta a la Junta directiva de l'Escola. Els desitjo un bon treball des dels nous locals. Que el Senyor faci ben fecunda la seva tasca! Rebin la meua més afectuosa benedicció.

Resta affm.

  
+ Narcís Cardenal Jubany



EL CARDENAL NARCÍS JUBANY

BARCELONA 9 novembre 1994

Sr. Francesc Canals Vidal  
B A R C E L O N A

Benvolgut:

T'agraeixo que m'hagis fet arribar els dos volums de "Cuadernos de ESPIRITU / 4", que contenen les Actes de les Jornades de la Societat Internacional Tomàs de Aquino (SITA), celebrades l'any passat, a les Aules de Balmesiana. Les vaig seguir amb interès, pel que significaven en si mateixes i per la seva temàtica.

Les Jornades, seguint les pautes de la doctrina de Sant Tomàs de Aquino, han estat un gran servei a l'Església i a la societat. Fou un encert i un èxit la seva organització. N'estic content i us felicito de tot cor. Desitjo que els seus fruits siguin abundosos. Aquesta valuosa documentació serà de molta utilitat i un bon instrument de difusió de la temàtica exposada.

Com pots suposar, m'he mirat amb un especial interès la teva ponència. Es fruit madur dels teus coneixements i estudis i del teu erudit i experimentat magisteri. Moltes felicitats! Segueix treballant: et fa bé i en fas.

Amb l'expressió dels millors sentiments d'estima i consideració, resta affm.

El Cardenal Narcís Jubany

»La petición el episcopado francés fue apoyada por la autoridad científica del teólogo padre Ives Congar. Su opinión es que a la santa no le falta ninguna de las cualidades que se suelen exigir: una aportación notable y ortodoxa a la doctrina de la Iglesia, la santidad de su vida y la aprobación del magisterio eclesiástico. Han sido muchas las alabanzas de los papas, desde san Pío X hasta el papa actual.

»Hoy, ante la urgencia de una nueva evangelización, Teresa de Lisieux ofrece el ejemplo de una doctrina, manifestada a través de sus experiencias personales, que la convierten en una auténtica doctrina del amor. Ella misma había dicho: "A pesar de mi pequeñez quisiera iluminar a las almas, como los profetas, los doctores". Por esto, poco ante de morir, hizo este pronóstico: "Presiento sobre todo que mi misión va a empezar: mi misión de hacer amar a Dios como yo lo amo, de dar a las almas mi caminito"».

Aquel acto no sólo fue una manifestación pública de las convicciones del cardenal Jubany sobre el carisma doctoral de santa Teresita del Niño Jesús, sino que, por lo mismo, expresó su apoyo a las instituciones nacidas del fervor de dos grandes apóstoles en Cataluña del espíritu de santa Teresita del Niño Jesús: el jesuita Ignasi Casanovas y el sacerdote Eudald Serra Buixó, los creadores del Foment de Pietat.

No quisiera concluir estas líneas sin expresar también el agradecimiento, desde las páginas de esta revista, por el eficaz y decisivo interés con que apoyó y alentó las tareas de Schola Cordis Iesu, y de la sección catalana de la Sociedad Internacional Tomás de Aquino, en ocasión de su Congreso en torno al tema «Dignidad personal, comunidad humana y orden jurídico».

El lector podrá encontrar el testimonio de estas actitudes del doctor Jubany en las cartas que adjuntamos a este testimonio de homenaje y de agradecimiento que han querido ser estas líneas, modestas, pero sinceras y fervientes.

Francisco Canals Vidal

elevant al Papa la petición de que nuestra santa sea proclamada doctora de la Iglesia. No se trata de ninguna novedad, ya que idéntica súplica había sido hecha al papa Pío XI. ¿Por qué no prosperó entonces aquella solicitud, respaldada por muchos obispos y no pocas instituciones eclesiásticas. Por la sencilla razón de que hasta entonces ninguna mujer había sido enaltecida con semejante dignidad. Pablo VI rompió esta tradición negativa en octubre de 1970, al proclamar doctoras a santa Teresa de Jesús y a santa Catalina de Siena.

Quiero, en una palabra, ser hija de la Iglesia como lo era nuestra Madre santa Teresa de Jesús, y rogar por las intenciones de nuestro Santísimo Padre el Papa, sabiendo que sus intenciones abarcan el universo.

SANTA TERESA DEL NIÑO JESÚS: *Manuscritos autobiográficos*

## La vida de unión con María según el venerable padre Miguel de San Agustín, O.Carm.

Fra Jordi M<sup>º</sup> Gil i Costa, O.Carm.

La literatura espiritual del siglo xvii tiene como nota característica, sobre todo en Francia, el florecimiento de la mariología. Basta recordar los tratados de Bérulle y de Olier, que dieron a la piedad mariana una fuerte orientación cristocéntrica, propagando una devoción interior y espiritual. Tal movimiento doctrinal recibió un empuje decisivo de divulgación por la obra apostólico-misionera de san Luis María Grignon de Montfort. Sus máximas marianas, a través del *Tratado de la Verdadera Devoción a la Santísima Virgen*, comenzaron, a partir de la mitad del siglo pasado, a divulgarse en grande escala entre las almas piadosas del mundo entero. Recomendada en varias ocasiones por los mismos sumos pontífices, la práctica de la vida mariana puede llamarse hoy día universal.

Ahora bien, en esta corriente espiritual mariana del siglo xvii hay que señalar la presencia vigorosa de la tradición mariana del Carmelo.

La conciencia mariana de los Hermanos de la Bienaventurada Virgen María del Monte Carmelo, ya manifiesta en la interpretación místico-mariana de la Regla de la Orden por el teólogo inglés Juan Baconthorp (+1346), y mostrándose más avanzada en el tratado *De Patronatu B. V. Mariae in dicatum sibi Carmeli Ordinem* (1479) del belga Arnoldo Bostio, recibió en el siglo xvii su más madura expresión teológica en el opúsculo *Vita Mariaeformis et mariana in Maria et propter Mariam* del carmelita flamenco padre Miguel de San Agustín (1621-1684), y en los escritos de su dirigida, la terciaria carmelita María de Santa Teresa, conocida también por María Petyt (1623-1677).

Habiéndose publicado, hace relativamente pocos años, los escritos de ambos autores en varios idiomas y al notarse la profunda semejanza doctrinal entre el tratado *De la vida maría-forme* y el *De la verdadera devoción*, de san Luis María Grignon de Montfort, los mariólogos comenzaron a ocuparse de la doctrina de los autores carmelitas. El conocido historiador de la espiritualidad flamenco-renana, el profesor Stephanus Axters, OP, les ha llamado «los dos doctores de la vida maría-forme». Según el padre Narciso García Garcés, CMF, el tratado del padre Miguel de San Agustín «es el más importante sobre la intervención de la Madre de Dios en la santificación de las almas». El padre Crisógono de Jesús Sacramento, OCD, se expresa con palabras no menos

encomiásticas: «Es todo un tratado de teología mística mariana... Sólo por él merece su autor vivir eternamente».

El venerable padre Miguel de San Agustín (Van Ballaert) nació en Bruselas el 15 de abril de 1621. Entró en Lovaina en la Orden del Carmen y fue ordenado el año 1645. Durante su vida ocupó cargos importantes en la provincia de Flandes, por sus eminentes dotes de gobierno y de dirección espiritual. Su carrera en la Orden puede ser compendiada de esta manera: doce años de prior, diez de provincial, dos de vicario provincial, diez años de asistente provincial, siete años de maestro de novicios, tres de subprior y un año de maestro de estudiantes; todo eso, en el espacio de treinta y nueve años de sacerdocio. Casi sin interrupción vivía en Malinas, para que pudiera directa o indirectamente atender a la formación de los novicios. Esto pone de relieve la gran influencia que ejerció en su provincia religiosa, en la cual bajo su dirección floreció en estos años la Reforma turonense. Este movimiento, paralelo a la Reforma tereciaria, por cuanto iba acentuando la vocación contemplativa y mística del Carmelo, se había iniciado, en el convento de Rennes, a principios del siglo xvii (1604); y en medio siglo se extendió, en todo su vigor, por toda Francia (ocho provincias religiosas), norte de Italia, Bélgica, Holanda, Alemania, Polonia y también en el Brasil, renovando el espíritu contemplativo y mariano de la Orden.

La Reforma turonense sintetizó todo lo mejor de los anteriores movimientos reformísticos de la Orden, y, sin formar nunca congregación aparte, y, a través, sobre todo, de sus Constituciones y el espíritu que las animaba, vertebró los últimos cuatro siglos del Carmen, llamado de la Antigua Observancia o Calzado.

Es importante saber que la Orden del Carmen, antes del movimiento turonense, ha tenido, en su seno, varios movimientos de reforma. Tres de indudable, aunque desigual, trascendencia, y otros, de menor influencia por ser de ámbito más bien local.

El primer movimiento con significativa importancia nace en la Italia del siglo xv: la Reforma mantuana (1413), la cual dio origen en el sur de Francia a la Reforma de Albi (1499). Dichas reformas se mantuvieron en la unidad de la Orden, si bien con legislación y superiores propios, hasta su total y pacífica fusión con la misma; la francesa, el 1584 y la italiana, el 1783.

En el mismo siglo xv, en lo que constituía la Observancia antigua de la Orden, encontramos la obra reformadora, por toda Francia y Centroeuropa, del prior general de la Orden, el francés beato Juan Soreth, fundador el 1452 de las monjas de clausura y la Orden Tercera del Carmen.

En la España del siglo xvi se extenderá, por casi todas las órdenes mendicantes, la benéfica influencia del radical y vigoroso fenómeno franciscano de la Descalcez, expresión del movimiento reformístico iniciado por san Pedro de Alcántara.

En la Orden del Carmen, esta tendencia principiará en el seno de la Provincia carmelita de Castilla, con la fundación del monasterio femenino de San José de Ávila el año 1562 y, entre los frailes, con el de Duruelo el 1568. He aquí el origen de lo que después será la Reforma del Carmen Descalzo.

La reforma descalza del Carmelo, dada su vitalidad y crecimiento, llegó a ser provincia separada, al igual que las reformas del siglo xv ya citadas; en cambio, a diferencia de estas, se constituyó en observancia independiente. La reforma española, de forma libre y voluntaria, pidió y se le concedió la separación, en el Capítulo general que la Orden del Carmen celebró en Cremona el año 1593, muertos ya los artífices de la misma: santa Teresa de Jesús (+1582) y san Juan de la Cruz (+1591).

En la Reforma turonense se formó una escuela mística cuyos escritos reflejan su espíritu; su figura más importante es el místico francés venerable fray Juan de San Sansón, «el San Juan de la Cruz de la Antigua Observancia», según Bremond; entre sus discípulos se destacan: los venerables padres Domingo de San Alberto, León de San Juan, Marcos de la Natividad y Mauro del Niño Jesús, todos ellos franceses.

A esta escuela de espiritualidad pertenece Miguel de San Agustín. Al lado de su tarea continua de superior y de director de almas, este carmelita de Flandes se mostró un escritor fecundo. Se le considera actualmente «el más popular de los autores de la Reforma turonense». Sus obras, efectivamente, llevan el sello de un hombre de gobierno: solidez y orientación práctica. En todas sus obras, el padre Miguel se muestra un enamorado de la vida mística, de la cual habla como de algo que está al alcance de todos.

El tratado *De la vida maría-forme*, publicado en flamenco en 1669 y de nuevo en latín el año 1671, hizo gran bien a las almas, no sólo en Bélgica, sino también en Italia y España, provocando, empero, la reacción de los jansenistas, que publicaron —éste fue, por lo menos, uno de los motivos— el famoso librito de Widenfeld titulado *Avisos saludables de la B. V. María a sus devotos indiscretos*, contra la devoción mariana.

En cuanto a la doctrina mariana del padre Miguel de

San Agustín en su escrito *De la vida maría-forme* y los apuntes autobiográficos de su dirigida sobre sus experiencias de vida mariana, hay que hacer constar la casi completa identidad doctrinal.

La vida maría-forme y mariana tal como la enseña el padre Miguel de San Agustín no es un medio más entre los muchos que están a nuestra disposición, ni debe considerarse como una devoción de carácter incidental y pasajero, sino que consiste en la actitud habitual de sumisión filial a la Madre del Salvador, con la correspondiente práctica interior por la cual el alma, bajo la inspiración de la gracia, trata de vivir la filiación espiritual que la une con su Madre y Reina, en orden a la unión con Dios. De esta manera, el alma irá disponiéndose a gozar de la experiencia vital de la Maternidad espiritual de María. Así entendida, la vida maría-forme y mariana constituye una parte integral en la obra de perfección y aun en todos los estados progresivos propios de ella. Resulta una determinada forma de oración que alcanzará su grado más alto en el estado místico.

Como en todas sus obras, el padre Miguel de San Agustín se propone en el tratado *De la vida maría-forme* conducir a las almas a la oración, a la unión con Dios. Dios es el fin último de la vida maría-forme; precisando más: tal vida es lícita sólo en cuanto por ella «podamos vivir y morir en Dios y por Dios» (*De la vida maría-forme*, c. V). Por medio de María, enseña el padre Miguel, llegaremos antes, de modo más estable y más perfecto.

La vida maría-forme y mariana se basa en los sólidos principios de la teología que expresan los títulos de María, y al mismo tiempo, las estrechas relaciones de las almas con Ella: el de Madre de Dios y Madre y Reina de todos los hombres, de Corredentora y Mediadora de todas las gracias.

La admirabilísima unión de María con Dios, en su calidad de Madre, constituye el punto de partida, la fuente y el objeto de la vida mariana. Es de esta verdad de donde la vida mariana recibe su excelencia (*De la vida maría-forme*, c. IX). En la Encarnación del Verbo, María ha engendrado juntamente a todos los elegidos y los ha dado a luz espiritualmente bajo la cruz en el Calvario: María es nuestra Madre. Y como Dios quiso servirse de María en la Encarnación, así quiere servirse de Ella en la santificación de las almas. Pues la vida de gracia nos viene de Jesús como de cabeza y de María como de cuello del Cuerpo Místico de la Iglesia (c. I). Así, la vida maría-forme y mariana resulta un reconocimiento práctico de la Mediación Universal de la Madre del Salvador. Por ser Madre de Dios y Corredentora, María es Reina, por derecho natural y por derecho adquirido. Tales son, en resumen, los principios doctrinales que forman la base de la vida mariana.

*Vida maría-forme.* La maternidad espiritual de María nos impone el amarla y servirla como hijos verdaderos. Nos inspira, pues, a conformar nuestra vida con la suya, a vivir la vida maría-forme, o, con María, es decir, según el beneplácito y el espíritu de María, meditando e imitando sus virtudes, teniendo los ojos fijos en Dios y en nuestra Madre, «a fin de traer a efecto pronta y alegremente cuanto conocemos ser de su agrado y evitar solícitamente cuanto sabemos les desagrada».

*Vida mariana.* El Reino de Dios en el alma, según el padre Miguel de San Agustín, es el dominio progresivo de la gracia y la sumisión del alma a tal dominio. La más alta realización del Reino de Dios se efectuará en la transformación en Dios. María como Mediadora Universal interviene también en la vida de la gracia en este dominio del alma: María vive y reina en el alma, es Reina del alma, y su Reinado florece en el alma al compás del de Jesús (c. I). El alma vive juntamente vida divina y mariana, es decir, la vida de la gracia solicitada y concedida por el intermedio de María. La fórmula de vida mariana corresponde en los escritos de María de Santa Teresa a la vida por medio de María.

*Vida en María.* Así como debemos vivir en Dios, es decir, «por la fe elevar nuestra mente amorosamente a Dios y obrar en tal amorosa actitud hacia Dios», de la misma manera conviene comportarnos respecto a la Madre Amabilísima. La práctica del ejercicio de la presencia de María en todas nuestras obras, por los repetidos actos de reverencia y amor filial, hará que conservemos un recuerdo habitual y amoroso en nuestra memoria y el consiguiente afecto en nuestro corazón hacia Ella. Tal vida de infancia espiritual viene, a veces, a ser activada y despertado espontáneamente por la gracia (cc. II-III).

*Vida por María.* María es Reina y Madre; tiene, por consiguiente, derecho de fin secundario (de segundo objeto) en toda nuestra vida. A tal efecto, «consagraremos a su servicio y obsequio todas nuestras acciones y pasiones» (c. IV). Según el padre Miguel, tal consagración a María se realiza de parte nuestra en calidad de hijos: «... si vivimos, para esta Reina y Madre vivimos, y si morimos, para tan gran Señora morimos, pues sea que vivamos, sea que muramos, somos sus hijos». El objeto adecuado a esta consagración a María, según la mente de Miguel de San Agustín, no es la sola Maternidad espiritual, ni la sola Realeza, sino la Maternidad Real, como ha puntualizado muy bien el padre Juan de la Cruz Brenninger, O.Carm.

Tal vida por María, y en general toda la vida mariana, es, empero, esencialmente relativa, es decir, subordinada a la vida en y por Dios; en la cual debe terminar como en su último fin (c. V).

A estos puntos se reduce, sumariamente, la doctrina genérica del padre Miguel de San Agustín sobre la vida

maría-forme y mariana, en María y por María. En la segunda parte de su tratado (cc. VI-XIV), el autor trata del desarrollo de la vida mariana bajo la acción de la gracia, de las experiencias místicas de la Maternidad espiritual y de los problemas teológicos relacionados con éstas.

En el orden de la gracia, siguen en el alma, ya encaminada a la vida en Dios y en María, los efectos del amor infuso: viene concedido a los amantes predilectos de María darse cuenta cada vez más de la influencia que la Madre Amabilísima ejerce constantemente en las almas. La Maternidad espiritual de María viene experimentada de manera más directa.

La dirección de María se hace sentir sin equívoco, encaminando al alma a una mayor pureza de corazón, enseñándole a conformarse siempre de manera más perfecta con el ejemplo de Jesús y de su Madre. María llega a ser la maestra de la oración y da a gozar al alma de su presencia. Esta, correspondiendo fielmente a las enseñanzas de María, recibe ilustraciones acerca de los misterios de la fe, sobre todo respecto a la unión de María con Dios en su calidad de Madre; le es concedido contemplar las grandezas y excelencias del alma virginal de María.

La madre de Dios constituye para ella el espejo vivo de las perfecciones divinas, cuya contemplación la conduce a la contemplación de la misma unión incomparable de María con Dios. Y es esta unión que forma, en este estado elevado, el objeto de la vida mariana: María penetrada de Dios, Dios en María y María en Dios, contemplado simultáneamente como término único e indivisible (c. VII), como en la contemplación de Cristo se contempla simultáneamente a Dios y al Hombre.

Miguel de San Agustín, y con él María de Santa Teresa, llegan a calificar tal contemplación divino-mariana más perfecta que la simple contemplación de Dios. La vida mariana añade una perfección accidental a la vida puramente divina y de simple unión con Dios, como en los bienaventurados la contemplación de la Humanidad de Cristo, de la Virgen y de los Santos añade una perfección accidental a la gloria esencial consistente en la visión y posesión de Dios (c. VI).

Asimismo, la vida mariana no pone obstáculo a la simple vida contemplativa y unitiva, contesta el padre Miguel a sus objetantes, sino le sirve de ayuda y le da más fuerza, pues que María es medio y vínculo más firme de unión entre Dios y el alma, con lo que se facilita que ésta pueda lograr y continuar de modo más estable, más constante y perfectamente la vida contemplativa y unitiva (c. VIII).

En este punto pueden verse las observaciones de Santa Teresa en las *Moradas VI*, cap. VII, relativas a la coexistencia de la meditación y contemplación de la Hu-

manidad de Cristo y de la devoción Mariana con los estados más elevados de la vida espiritual.

Es un solo y único Espíritu que obra y realiza este afecto de amor a Dios y a María y pone al alma en contemplación. «Así como el Espíritu de Jesús clama en los corazones de los hijos de Dios Abba, Padre... así también clama en ellos Ave Madre, esto es, obra en ellos filiales afectos, inclinaciones de la voluntad, coloquios y otros actos llenos de reverencia y amor a la Madre amable (c. XIII). Es de este Espíritu de Jesús que María se vale «para bien formar algunos hijitos de su corazón... con que vienen como a transformarse en María y el espíritu de María vivir en ellos, o mejor dicho, que el Espíritu de Jesús viva y obre en ellos así como vive y obra en María» (c. XIV).

Según el padre Miguel de San Agustín, el Espíritu Santo es el principio y el alma de la vida divino-mariana. Como más tarde san Luis María Grignon de Montfort, el carmelita de Flandes admite una profunda cooperación de María con el Espíritu Santo en la santificación de las almas. La acción de María se presenta siempre mediante el Espíritu Santo.

En cuanto a la doctrina mariana del autor carmelita en relación con la verdadera devoción propagada por san Luis María Grignon de Montfort, en los últimos años los mariólogos se han ocupado de la semejanza doctrinal que existe innegablemente entre dichos autores. Como es evidente, no pudo presentarse la cuestión de la prioridad, siendo publicada la obrita del venerable padre Miguel de San Agustín por primera vez en el año de 1669, a saber, unos cuatro años antes del nacimiento de san Luis María (31 de enero de 1673). Se puso, pues, el problema bajo el aspecto de la dependencia doctrinal del Santo francés respecto a la doctrina mariana carmelitana: ¿llegó Montfort a conocer el opúsculo del carmelita de Flandes? ¿Por qué no lo cita nunca? Y, por fin, ¿hasta qué punto se asemejan y en qué difieren?

A la primera pregunta, hasta ahora, nadie ha podido dar una contestación satisfactoria. Varios autores se han ocupado de la cuestión. Hay quien ha rechazado categóricamente la supuesta dependencia doctrinal, advirtiendo que la doctrina mariana carmelitana se refiere sólo a la vida mística. Tal interpretación de la doctrina del padre Miguel de San Agustín, presentada por el padre Pedro Oger, SMM, es equivocada; la vida mariana, según el autor carmelita, se extiende a todos los estados de la vida espiritual. Por el contrario, con demasiada ligereza admiten algunos escritores un contacto directo y una dependencia doctrinal de san Luis María respecto al ambiente mariano carmelitano. Así, por ejemplo, el ya citado profesor Stephanus Axters, OP, y el padre Narciso

García Garcés, CMF. Lo mejor que se ha escrito sobre la presente cuestión es el artículo del padre Claudio Catena, O.Carm.: *La consacrazione a María in S. Luigi-Maria Grignon di Montfort e nel Ven. P. Michele di S. Agostino, O.Carm.* El autor examina detalladamente los contactos posibles de san Luis María con el ambiente mariano carmelita de Rennes, donde estudió, y después en Roma, inclinándose a dar más importancia al supuesto contacto romano, sin dar, empero, argumentos totalmente convincentes.

En cuanto a las citas del Santo francés, hay que notar la frecuencia de las mismas cuando habla de la esclavitud, de la cual, precisamente, no habla nunca Miguel de san Agustín, quien, por consiguiente, no pudo ser citado respecto a tal materia. También se debe tener en cuenta que san Luis María ha leído más de lo que da a conocer por sus citas. Una dependencia doctrinal, pues, por lo menos indirecta, es posible y, vista la semejanza doctrinal existente entre los dos tratados, también probable, pero hasta ahora no ha sido probada con argumentos decisivos.

Al lado de la notable semejanza que se extiende hasta en las fórmulas características de vida por María, en María, etc., propias a ambos autores, existe, empero, una diferencia profunda, sobre todo en cuanto a la orientación de la vida mariana. San Luis María presenta una doctrina mariana con perspectivas principalmente ascéticas; el autor francés se propone conducir las almas a la consagración a la Virgen, es decir, por medio de María a Dios; no se detiene en la descripción de los efectos de la acción de María en las almas. Para expresar de manera eficaz la donación total del alma a María se vale del concepto de esclavo y esclavitud. Miguel de San Agustín aspira a conducir a las almas, por la vida maría-forme y mariana, a la oración, a la unión con Dios; acentúa el afecto filial hacia la Madre Amabilísima y presenta una doctrina clara de infancia espiritual. Mientras según Montfort la consagración a María se realiza en el reconocimiento afectuoso de la dependencia total de la vida cristiana frente a la obra de la Virgen como Mediadora, el carmelita de Flandes pone la consagración en la experiencia vital de la Maternidad espiritual de la Madre de Dios, dedicando la parte más grande de su exposición a la intervención de María en la santificación de las almas. El padre Miguel de San Agustín habla como intérprete de la tradición marianocarmelitana, dirigiéndose a almas que profesan vida de oración; san Luis María Grignon de Montfort quiso dar con su tratado, en primer instante, a sus hijos, misioneros como él, un manual de predicación.

La vida de unión con María es «el medio y vínculo más firme para atar y unir el alma a Dios».

# EL OBISPO DE BARCELONA LEGISLA CONTRA EL CARNAVAL (febrero de 1762)

**fra Valentí Serra de Manresa, ofm cap.**

La Iglesia católica, ya desde sus orígenes, a través de la predicación y la catequesis, ha combatido duramente el Carnaval (llamado «Carnestoltes» en el Principado de Cataluña), sobre todo por el hecho de constituir un período de diversiones mundanas en los momentos inmediatamente anteriores a los ejercicios y austeridades cuaresmales. En estas diversiones, de manera muy confusa, se entremezclan antiguas costumbres y rituales paganos (que podemos remontar a las «saturnales» romanas), con nuevas incorporaciones satírico-burlescas impulsadas por el anticlericalismo de los siglos XVIII y XIX que, cada año, afloran en ocasión de los carnavales.

Entre los actos más participados de los días de carnaval se encuentra el llamado «entierro de la sardina» que provocativamente tiene lugar el mismo día del Miércoles de Ceniza, coronando de este modo burlesco las fiestas de carnaval. Efectivamente, durante el siglo XVIII, además de la merendola popular, bailes y otros excesos propios del final del carnaval, se desarrollaba una ceremonia grotesca en la cual se procedía a enterrar entre dos platos una sardina o arenque, vestida generalmente de modo muy ridículo. Esta costumbre de «enterrar la sardina» que ha llegado hasta nuestros días (profundamente anticlerical por hacerla coincidir con el primer día de la Cuaresma), no tiene un origen catalán ni forma parte del repertorio popular de las tradiciones catalanas, ya que hemos de situar su origen en las procesiones burlescas con que acababan las fiestas carnavalescas de Madrid el día del Miércoles de Ceniza, cuando entre cantos y parodias se enterraba la «sardina» [según parece, un eufemismo popular utilizado para referirse a la «espina» o columna vertebral del cerdo]. A medianos del siglo XVIII, pues, procedente de la Corte de Madrid, empezó a introducirse en Cataluña esta costumbre<sup>1</sup> del «en-

tierro de la sardina», adquiriendo un gran incremento durante el siglo pasado y, sobre todo, en los años del feroz clima anticlerical que se respiraba en las primeras décadas de nuestra centuria.

A propósito de todo esto ahora aludido no nos extraña en absoluto que, en el año 1762, el obispo de Barcelona Ascensio Sales<sup>2</sup> (nada sospechoso de espíritu reaccionario) denunciase los excesos del Carnaval y prohibiese rotundamente el entierro «de Carnestoltes» con la contundencia de este Edicto:

*Nos Don ASSENSI SALES,  
per la Gràcia de Déu y de la Santa Sede  
Apostòlica BISBE de BARCELONA,*

*A tots y sengles faels cristians de la present Ciutat y Bisbat a qui las cosas baix escrites toquen y pertanyan, salut en Nostre Senyor Jesu-Christ!*

*Com haja arribat notícia que algunas personas poch temerosas de Déu nostre Senyor en lo primer dia de Quaresma no sols deixan de dejunar sens legítima causa, sinó que també menján carn y fan balls fora de la Ciutat ab lo pretext que dihuen de enterrar á Carnestoltes, lo que sab á gentilisme [=paganisme]; de manera que tals personas despreciant lo zel de nostra Mare la Iglesia (que en tal dia se esmera en fer-nos memòria de nostra mortalitat, y nos exhorta a que fassám penitència de nostras culpas), cometen majors ofensas a Déu Nostre Senyor, lo que és digne de posarhi remei; perçò, abominant estos y semblants excessos, diem, amonestám y manám a tals personas de qualsevol estat, grau o condició que sian, so pena de 10 L[[liures] a Obras Pías aplicadoras, y en subsidi d'Excomunicació Major Latae Sententiae, que se abstingan de cometre*

1. Lo reconoce el acreditado folclorista catalán Joan Amades (1890-1959): «*Dimecres de Cendra*: Les persones que el dia d'avui anaven a berenar a fora, deien que anaven a enterrar Carnestoltes. A Madrid deien que anaven a enterrar la sardina, apel.latiu que d'algun temps ençà s'ha estès entre nosaltres. Prenent l'expressió al peu de la lletra a casa nostra [ara] és costum enterrar una arengada que hom cobreix amb un plat, cassola o altre objecte». Cf. *Costumari Català*, Vol. II (Barcelona, 1982) p. 512.

2. Ascensio Sales (Valencia 1699 - Barcelona 1766), fue profesor de la Universidad de Valencia y prefecto de estudios del Colegio del Corpus Christi. Mantuvo vinculaciones estrechas con el núcleo valenciano de renovación intelectual. Fue obispo de Barcelona los años 1754-1766; asistió al Concilio Provincial Tarracónense de 1757, y el año 1759 inició el proceso de beatificación de san Josep Oriol.



semblants culpas, puix irritan la Divina Justícia contra nosaltres; altrement si tals excessos cometeran [...] procehirém contra ells conforme haurá lloch en Dret; y exhortam en lo Senyor a las Justícias Seculars que ho procuren evitar en quant pugan, altrament seran responsables devant de Déu nostre Senyor de no haver-ho evitat.

Y com tingam entés que en lo matí del primer dia de Quaresma algunas personas deixant-se de ballar anant encara vestidas de màscara, llevant-se solament la careta, entran en las Iglesias a oir Missa sens considerar la irreverència que fan a la Divina Majestat entrant a la sua casa ab vestits impropis á son estat, lo que no se atrevirian a fer si anaven a demanar favors a alguna potestat terrena [...]; exhortam y requerim que no permetin que en las sevas respectives Iglesias entren tals personas, y que per assó deputen alguna persona o persones que'ls impedisca la entrada y permanència en ella, a fi d'evitar semblants irreverèncias a Déu Nostre Senyor [...] Y per a que algú no pugui ignorància, ordenám y manám en virtut de la santa obediència als Reverents Rectors, Domers, Vicaris y altres regint cura de ànimas de la present ciutat y bisbat, y als Superiors de Iglesias Exemptas y Regulars, exhortam y requerim que en lo primer diumenge après que hauran rebut lo present [Edicte] lo lligian o llegir fassan en la Missa Major en la hora del Ofertori, y après lo faran fixar a les portes de las respectives Iglesias, y també ne sian fixadas algunas còpias en los

llocs públics desta Ciutat, per a que tothom sia notori.

Dat en nostre Palau Episcopal de Barcelona, als deu de febrer del any mil set-cents sexanta y dos.

Assensi, bisbe de Barcelona + (L. S.)

De manament de Sa Il·lustríssima ha expedit lo present EDICTE lo Dr. Antoni Campillo, Prevere, Notari y Escrivà de la Cúria del Vicariat Eclesiàstic de Barcelona.<sup>3</sup>

3. Ofrecemos la versión castellana del contenido principal de este Edicto de Mons. Ascensio Sales: «Habiendo tenido noticia de que algunas personas poco temerosas de Dios Nuestro Señor en el primer día de la Cuaresma no solamente dejan de ayunar sin causa legítima, sino que además comen carne y hacen bailes fuera de la Ciudad con el pretexto de enterrar a Carnestolendas (la cual cosa está resabiada de paganismo), de manera que tales personas despreciando el celo de nuestra Madre la Iglesia (que en tal día se esmera en hacernos memoria de nuestra mortalidad, y nos exhorta a que hagamos penitencia por nuestras culpas), cometen las mayores ofensas a Dios Nuestro Señor, es cosa digna de remediar; y por esto, abominando tales excesos, decimos, amonestamos y ordenamos a las dichas tales personas de cualquier estamento, grado o condición que sean, bajo pena de 10 Libras aplicadoras en Obras Pías, y en subsidio de Excomunicación Mayor *Latae Sententiae*, que se abstengan de cometer semejantes culpas, ya que irritan la Divina Justicia en contra de nosotros. De lo contrario, si se cometiesen tales excesos, procederíamos contra ellos conforme habrá lugar en el Derecho, y exhortamos en el Señor a las Justicias Seculares que procuren evitarlo en cuanto puedan, ya que de otro modo

Este edicto del obispo Ascensio Sales pone de relieve, por un lado, la pervivencia del catalán en la curia episcopal barcelonesa (a pesar de la castellanización que promovía el regalismo y despotismo ilustrado de Carlos III) y por otro la resistencia popular a no querer abandonar antiguas costumbres paganas junto con la introducción de costumbres anticlericales procedentes de Madrid como es este «famoso» entierro de la sardina y otras muestras de irreverencia que entonces se suscitaban en Cataluña durante el reinado de los primeros reyes de la Casa de Borbón, puesto que, después de la guerra de Sucesión, en muchas iglesias del Principado ya no se respetaba suficientemente la sacralidad del lugar tal como, por ejemplo, lo pone de relieve el Concilio Provincial Tarraconense celebrado en Girona<sup>4</sup> el año 1717, y también estas disposiciones fechadas el 9 de mayo de 1740 por el entonces obispo de Barcelona Francisco del Casti-

serían responsables ante Dios Nuestro Señor de no haberlo evitado. Y como según tenemos entendido en la mañana del primer día de Cuaresma algunos, acabados los bailes y vestidos todavía de máscara, quitándose solamente la careta, entran a la Iglesia para oír Misa sin ninguna consideración a la irreverencia que hacen a la Majestad Divina entrando en su casa con vestidos impropios, cosa que no se atrevirían a hacer si anduviesen a solicitar favores a alguna potestad terrenal; exhortamos y requerimos que no se permita que en las Iglesias entren tales personas, y que tengan prevenida alguna persona o personas para que les impidan la entrada y permanencia en ella, y así evitar semejantes irreverencias hacia Dios Nuestro Señor...».

4. Vg. *Constitutiones Sacri Concilii Provincialis [Tarraconensis] Michaelae-Joanne de Taverner et Rubí, episcopo gerundensi uti antiquiori in provincia terminate die VII octobris MDCCXVII. Gerundae, Typ. N. Oliva, 1719.*

llo y Vintimilla,<sup>5</sup> con las cuales ponemos punto y final a esta colaboración:

«Item, per lo major decoro y veneratió de las Iglesias manam puntualment la Constitució Synodal 3 [del Concilio Provincial Tarraconense de 1717] sots lo títol: «De las Sagradas Iglesias», que és de lo tenor següent: «y que es cosa indigna de oració fer-ne lloch o puesto de negociatió, estatuhim y manam —*Synodo approbante*— que en los portals, parets y pórticos de la present ciutat y bisbat no's pugan posar taulas, ni vendrer bescuits, fruitas, ramellets, ayguas, ninas de terra, canterets, estampas, ni altre qualsevol espècie de cosa vendible en pena de perdre la mercaderia».

En otra ocasión procuraremos ofrecer nuevas noticias sobre los abusos que generaba el pequeño (y gran comercio) entorno de nuestras capillas e iglesias durante el siglo XVIII, cuando la sociedad europea empezaba a caminar aceleradamente hacia la «desacralización» y «descristianización», ocasionando graves alteraciones a las tradiciones propias del pueblo catalán.

Acompañamos esta nota histórica con una ilustración que figuraba en diversas ediciones del siglo XVIII y XIX de las famosas coplas tituladas *Despertador del cristià*, repartidas por los predicadores durante las Misiones Populares para desterrar de la población catalana las costumbres mundanas, y para ayudarle a tomar conciencia de la condición mortal de la criatura humana exhortando a la penitencia por los excesos y culpas cometidas.

5. Mons. Francisco del Castillo había nacido en Bruselas, y fue obispo de Barcelona los años 1738-1747.

## VEN, SEÑOR JESÚS

Te suplico: Ven, Cristo Jesús, Rey del Cielo y de la Tierra. Ven, Señor, Alfa y Omega, Principio y Fin. Raíz y linaje de David, estrella espléndida y matutina, el que eras, el que eres y el que ha de venir, ven a librarnos, ven a visitar tu viña, a custodiar y defender tu Iglesia, ven a regir el orbe de la Tierra con justicia: vara de equidad es la vara de tu Reino. *Adveniat Regnum Tuum. Veni, Domine Iesu.*

(Conclusión de la obra inédita *De Regno Christi in Terris consummato*, del padre Juan Rovira, SI)

## «El misterio de la Sagrada Familia»

*El pasado 11 de diciembre tuvo lugar en el salón de actos de Balmesiana la presentación del libro La Sagrada Familia, icono de la Trinidad, del que es autor el padre Josep M. Blanquet, de la Congregación de los Hijos de la Sagrada Familia. Presentó la obra Francisco Canals. Ofrecemos a continuación las palabras que pronunció el padre Blanquet como conclusión del acto.*

Agradezco sinceramente al doctor Canals la realización de este acto, debido exclusivamente a su entusiasmo y generosidad, y las palabras tan elogiosas que él difícilmente sabe contener cuando se trata del tema de san José y de la Sagrada Familia. A ellos se las atribuyo y dedico, y para ellos están bien dichas.

Y por mi parte, después de todo lo que ya está escrito y de lo mucho que ha dicho el doctor Canals, quizás no debería añadir nada más. Acaso deba solamente anticiparme a una posible duda o pregunta que pudiera acudir en la mente de alguno. ¿Desde qué perspectiva se puede hablar hoy de la teología de la Sagrada Familia y de la familia? ¿Cuál es el fundamento que permite recorrer toda la historia de la humanidad —la creación del hombre, con el matrimonio y la familia, la redención y la consumación de la humanidad por medio de la Encarnación del Verbo— desde la Trinidad y la Sagrada Familia?

La clave para comprender y traducir el contenido de este estudio, quizás sea la expresión «el misterio de la Sagrada Familia». Una expresión que, según parece, empezó a utilizar Pío XII y que Juan Pablo II ha usado repetidamente en la *Carta a los sacerdotes* con motivo del jueves santo de 1994 y en la carta que dirigió a las familias en el AIF. «La Iglesia —afirma en la primera—, fijando la mirada en el *misterio de la Sagrada Familia*, participa a tal iniciativa, encontrando en ella una ocasión especial para anunciar el "Evangelio de la familia". Cristo lo ha proclamado con su vida oculta en Nazaret en el seno de la Santa Familia» (2).

Y en la *Carta a las Familias*, el mismo Juan Pablo II nombra «junto al misterio de la Encarnación» también «el misterio de la Sagrada Familia» (núm. 20), expresión que usa otras veces en el mismo documento, como ya había hecho en la exhortación *Redemptoris Custos*, en donde afirma claramente que «inserta directamente en el misterio de la encarnación, la Familia de Nazaret constituye ella misma un *misterio especial*» (núm. 21). En este contexto, se entiende que cuando hablamos del «misterio de la Sagrada Familia» estamos refiriéndonos a los misterios de la infancia y vida oculta de Jesús, tal como los define el mismo *Catecismo de la Iglesia*.

Estas y otras expresiones semejantes son muy impor-

tantes para la teología de la familia, porque su «purificación y santificación» ha tenido inicio y se ha realizado en el «misterio de la Santa Familia», parte esencial del misterio de la encarnación, fundamento a su vez de la redención. Las dificultades del desarrollo teológico y de su comprensión en este sector, se deben, en buena parte, a que la redención se separa del misterio de la encarnación, y la familia ignora su estrecha relación con la Sagrada Familia. Y en la base se encuentra la incertidumbre o perplejidad sobre el significado de la palabra «misterio» en el sentido cristiano.

*Misterio* es no sólo una *verdad escondida*, sino que después del Concilio Vaticano II, la verdad íntima acerca de Dios y acerca de la salvación humana es *Cristo mismo*, la Palabra de Dios encarnada, que completa la revelación «con su total presencia y manifestación personal, con las palabras y obras, señales y milagros, y, sobre todo, con su muerte y resurrección gloriosa de entre los muertos, finalmente, con el envío del Espíritu Santo» (DV 4). «Este plan de la revelación —afirma todavía el número 2— se realiza con palabras y gestos intrínsecamente conexos entre sí, de forma que las obras realizadas por Dios en la historia de la salvación manifiestan y confirman la doctrina y los hechos significados por las palabras, y las palabras, por su parte, proclaman las obras y esclarecen el *misterio* contenido en ellas» (núm. 2). Esto significa que la revelación no se agota con un elenco de verdades, por completo que sea, sino que está formada por una estructura que une inseparablemente el misterio a la realidad histórica, que comprende hechos y palabras íntimamente conexos. Se sigue de ahí que los diversos elementos que componen la revelación —hechos, palabras y misterio— tienen una relación tan estrecha entre sí, que, cuando se los separa, se corre el riesgo de derivar hacia el historicismo, la gnosis o el immanentismo. De este modo, como las palabras tienen la misión sobre todo de revelar el significado religioso del hecho histórico, el misterio cristiano comporta la implicación sobrenatural del hombre en el hecho mismo. Esta es la fórmula usada frecuentemente en las catequesis de san Pablo.

En este sentido, pues, para nosotros el *misterio* clave

es el misterio de la Encarnación, que implica los misterios principales de la fe, la Santísima Trinidad y la Redención. El magisterio actual de la Iglesia se mueve en esta misma línea. Juan Pablo II ha puesto a Cristo redentor del hombre (*Redemptor Hominis*) en el centro, entre las personas divinas del Padre (*Dives in misericordia*) y del Espíritu Santo (*Dominum et vivificantem*) y las personas humanas de María (*Redemptoris Mater*) y de san José (*Redemptoris Custos*). Jesús, Dios y hombre, ha unido en sí para siempre, a través del misterio de la Encarnación, la Trinidad divina con la trinidad humana. Es la representación teológica de lo que Murillo y otros muchos pintores ya intuyeron siglos atrás. Es, pues, una teología esencial, que atañe al corazón de la fe. De ahí fácilmente se deduce que, efectivamente:

1. La Encarnación es el fundamento de la Redención, pues es en el misterio del Verbo encarnado, hombre perfecto, que se devuelve al hombre la semejanza con Dios, rota por el pecado.

2. Pero Jesús fue redentor desde la Concepción hasta la Resurrección. La Encarnación no fue un largo preámbulo al misterio de la Redención. La Encarnación coincide con la misma Redención. Todos los misterios de la vida de Cristo, gestos y palabras, han ejercido una eficacia salvífica, aunque en modo diverso, como ya explicaba santo Tomás.

Como bien dice el *Catecismo de la Iglesia católica*, «toda la vida de Cristo es misterio», es decir, salvífica: su presencia y su manifestación personal, desde los pañales de su natividad hasta el vinagre de su pasión y el sudario de su resurrección, todo es signo de su misterio (515):

—Toda la vida de Cristo, en primer lugar, es *Revelación* del Padre: sus palabras y sus obras, sus silencios y sus sufrimientos, su manera de ser y de hablar.

—En segundo lugar, toda la vida de Cristo es *misterio de redención*. La redención nos viene ante todo por la sangre de la cruz, pero este misterio está actuando en toda la vida de Cristo: ya en su encarnación porque haciéndose pobre nos enriquece con su pobreza; en su vida oculta, donde repara nuestra insumisión mediante su sometimiento (517); en su palabra... en sus curaciones, etc.

—Por último, toda la vida de Cristo es *misterio de recapitulación*: todo lo que Jesús hizo, dijo y sufrió, tuvo como finalidad restablecer al hombre caído en su vocación primera. Como dice san Ireneo, esta es la razón por la cual Cristo ha vivido todas las edades de la vida humana, devolviendo así a todos los hombres la comunión con Dios (518).

Y, a su vez, toda la riqueza de Cristo «es para todo hombre y constituye el bien de cada uno» (RH 11). Es decir, todos los misterios de Cristo nos implican sobrenaturalmente. Cristo no vivió para sí mismo, sino para

nosotros, desde su Encarnación «por nosotros los hombres y por nuestra salvación» hasta su muerte «por nuestros pecados» y en su resurrección para nuestra justificación (519). Toda su vida, Jesús se muestra como nuestro modelo... Todo lo que Cristo vivió hace que podamos vivirlo en Él y que Él lo viva en nosotros. «Debemos continuar y cumplir en nosotros los estados y misterios de Jesús», decía san Juan Eudes (520-521).

Refiriéndose a los presupuestos terrenos de la Encarnación, el matrimonio de María y José y la familia de Nazaret, ha dicho Pablo VI: «El Salvador ha iniciado la obra de la salvación con esta unión virginal y santa, en la cual se manifiesta su omnipotente voluntad de purificar y santificar la familia».

Así se entiende también aquella otra afirmación de Juan Pablo II en la *Carta a las familias*: «El misterio divino de la encarnación está relacionado estrechamente con la familia humana. No solo con una, la de Nazaret, sino en cualquier modo con cada familia, análogamente a como el Vaticano II afirma del Hijo de Dios que, en la encarnación, se ha unido en cierto modo a todo hombre» (CF 2).

Ya se ve, pues, cómo a partir de esta visión global del misterio de Cristo, la teología de la familia y de la Sagrada Familia cobra toda su razón y significado precisamente en los aspectos que quiere poner de relieve este estudio: la restauración de la familia como reflejo de la comunidad trinitaria de Dios y la «novedad» de la Sagrada Familia como originaria iglesia doméstica, tipo de la Iglesia e icono de la Trinidad.

Aparece así como la Familia de Nazaret —Jesús, María y José—, está en el centro del designio salvífico de Dios, en el centro de la Nueva Alianza. Pertenece a la plenitud de los tiempos. Como realidad humana asumida y renovada por la encarnación del Verbo, se ha convertido no solo en un lugar de la presencia salvífica, singular y especial, del misterio de la Trinidad, sino en un símbolo, en la representación más perfecta —en un icono—, que hace presentes, vivos y operantes, el amor y la fecundidad de Dios. Y como parte del misterio de Cristo, está llamada a implicar eficazmente en su seguimiento e imitación a todas las familias para reanudar el diálogo primitivo filial con Dios, de armonía conyugal y familiar y de fraternidad universal rotos por el pecado.

A esta Familia de Jesús, María y José, como decía un autor del siglo XVII en una síntesis entre teológica, espiritual y pastoral, «se alaban para admirarlos, se admiran para amarlos, se aman para servirlos, se sirven para imitarlos, e, imitándolos, se desea conquistar su favor y tenerlos por abogados».

Ojalá que en la Navidad de este año lleguemos a captar mejor este misterio. Muchas gracias por su presencia y atención, y felices fiestas.

## El conflicto de los Grandes Lagos, fruto de la ausencia de autoridad

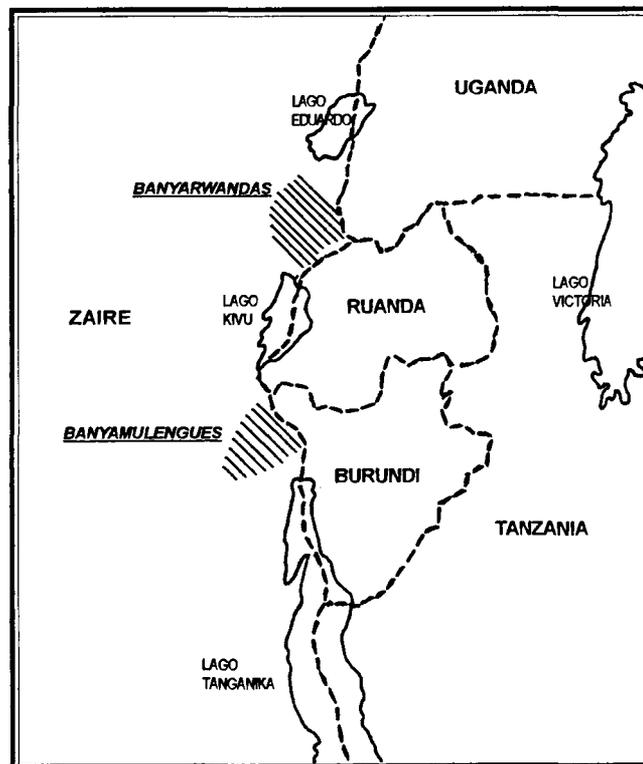
Jorge Soley Climent

La región de los Grandes Lagos, compuesta por Zaire, Ruanda y Burundi, y cuya área de influencia se extiende hasta Tanzania y Uganda, está atravesando una crisis de una magnitud sin precedentes. La sucesión de luchas, matanzas, golpes de estado y éxodos masivos han sumido a esta región en un caos del que, a pesar del llamamiento del Papa en el sentido de que «*urge poner fin a esa tragedia*»,<sup>1</sup> no se vislumbra ninguna salida justa y duradera. Las fallidas iniciativas emprendidas por parte de la ONU han puesto de manifiesto, una vez más, la total incapacidad de esta «democracia internacional» para mantener un orden justo en el mundo. La actitud pasiva de los Estados Unidos, bloqueando de hecho cualquier intervención, y las reservas y titubeos del resto de países occidentales, movidos por intereses poco confesables, no son ajenos al desarrollo de este drama, que ha sido calificado como una de las batallas estratégicas más cruciales de los próximos años.

La derrota de las milicias hutus ruandesas refugiadas en el este del Zaire por parte de los banyamulengues tutsis zaireños ha causado el éxodo masivo de cientos de miles de refugiados hutus, convirtiéndose en el último capítulo de un ya largo drama. Mientras multitud de organizaciones se apresuraban a organizar una ayuda humanitaria destinada a unos campos de refugiados que, al alcanzar su meta, habían sido abandonados por sus moradores, pocos han intentado llegar a una comprensión más profunda de lo sucedido. Una mirada al pasado reciente de esta región nos puede ayudar en esta tarea.

### Ruanda y Burundi: un poco de historia

Tanto Ruanda como Burundi poseen una misma composición racial: 85 % de hutus, 14 % de tutsis y un 1 % de twas. Ambos países fueron colonias alemanas hasta la Primera Guerra Mundial; la derrota de Alemania en la misma significó el que estos territorios quedaran bajo administración belga. La política de Bélgica se basó en el apoyo en los monarcas tutsis ya existentes, delegando importantes aspectos en los mismos y otorgando un trato



preferencial a los tutsis, tanto en la educación como en los puestos relevantes de la administración. En los años anteriores al acceso a la independencia, los alternativos apoyos a una y otra etnia para mantener un precario equilibrio se manifestarían con posterioridad como un mecanismo perverso, generando y exacerbando un odio interétnico que no ha cesado desde entonces. El proceso descolonizador, con todas sus incoherencias, creando naciones y parlamentos de la nada, acabaría por hacer germinar la semilla ya plantada de la inestabilidad en la región.

El año 1962 Ruanda accedía a la independencia, alcanzando el poder el Partido del Movimiento de Emancipación Hutu (Parmehutu). Al año siguiente estallaba la guerra civil que provocó la salida hacia el exilio de numerosos tutsis, que emigraron hacia Uganda, Burundi y Zaire.

Su vecino, Burundi, que accedió a la independencia el mismo año, vio cómo el poder quedaba, por el contrario, en manos de la minoría tutsi. La política seguida por

1. Juan Pablo II a los obispos del Zaire en visita *ad limina*, 22-XI-1996

el presidente burundés, el tutsi Michel Michombero, desde 1966, año en que accedió al poder a través de un golpe de estado, hasta 1976, en que fue derrocado, consistió en una sistemática limpieza étnica, que provocó la muerte de miles de hutus. Durante la década de los ochenta se suceden varios golpes de estado en Burundi hasta que finalmente unas elecciones llevan al poder al opositor Frente para la Democracia en Burundi (Frodebu), compuesto por hutus, en junio de 1993. En los trece meses siguientes serían asesinados, uno tras otro, los tres presidentes hutus que ha tenido Burundi. En julio de 1994 el poder retornaba a manos tutsis en la persona del coronel Pierre Buyoya.

Mientras el régimen ruandés se mostraba abiertamente hostil hacia la población tutsi que permanecía en el país, los tutsis del exilio crearon en 1987 el Frente Patriótico Ruandés (FPR) con el objetivo de reconquistar el poder. A partir de 1991 se produjeron enfrentamientos a lo largo de la frontera de Ruanda con Uganda entre el FPR y el Ejército ruandés, que pudo frenar la ofensiva tutsi gracias al apoyo militar francés. Esta situación se mantuvo hasta 1994, en que el FPR, comandado por el actual vicepresidente y ministro de defensa, Paul Kagame, lograba la victoria, poniendo fin a un genocidio que se calcula que ha causado cerca de un millón de muertos tutsis. La actuación de Francia, organizando la Operación Turquesa, salvó a las tropas hutus del desastre y permitió a sus elementos más combativos (unos 60.000 milicianos interhahamwe, "los que matan juntos") refugiarse en territorio zaireño junto a cientos de miles de refugiados civiles, que también se dirigieron, en menor cuantía, hacia Tanzania y Burundi.

### **El conflicto se traslada al Zaire**

La acogida de las milicias y refugiados hutus por parte del Zaire, un país en estado de descomposición y aislado internacionalmente, fue considerado por su presidente, Mobutu, como un balón de oxígeno que le permitía recuperar el apoyo de Francia, necesitado de un aliado en la zona. Los soldados hutus pronto tomaron el control de los campos de refugiados, gestionando la ingente ayuda humanitaria (de la que descontaban un «impuesto de guerra») y entrenándose para preparar un retorno triunfal a Ruanda, en un intento de repetir la estrategia tutsi.

Con una situación interior difícil y un ejército enemigo instalado junto a la frontera y realizando incursiones en territorio ruandés, el gobierno tutsi de Ruanda decidió apoyar, coordinadamente con el gobierno tutsi de Burundi, las acciones de los banyamulengues, tutsis establecidos en el este del Zaire desde el siglo XVIII, que han sido siempre tratados como extranjeros. Su situa-

ción se ha visto además empeorada por la llegada de las milicias hutus refugiadas en el Zaire, que han organizado, con el consentimiento del gobierno zaireño, incursiones en sus tierras, lo que ha causado un éxodo de más de cuarenta mil banyamulengues hacia Ruanda. Estos exiliados son los que, a finales de 1996, han retornado, conquistando por las armas la región de Kivu, venciendo al descompuesto ejército zaireño y expulsando a las milicias hutus de los campos de refugiados, lo que ha permitido el regreso masivo de los mismos a Ruanda.

### **El papel de Occidente**

Al drama que se ha desarrollado en la región de los Grandes Lagos no han sido ajenos los países occidentales. Ya hemos visto cómo la actuación de los países colonizadores, movida por criterios mercantilistas y que siempre careció de voluntad de transmitir la fe cristiana, y el posterior proceso descolonizador están en el origen de un conflicto que diversos intereses han perpetuado y potenciado. Bélgica, como potencia colonial, constituyó en su día un tejido económico sustentado por empresas belgas que está interesado en preservar, máxime cuando el gobierno de Mobutu, al nacionalizar las empresas belgas en el Zaire, obligó a Bélgica a replegarse en Ruanda y Burundi. Su actual apoyo a los rebeldes banyamulengues parece responder a un intento de desestabilizar el gobierno de Mobutu, buscando recuperar influencia en su ex-colonia. Alemania, por su parte, como primera potencia durante el período colonial de la zona, está intentando establecer un área de influencia económica en la región. Gran Bretaña, a su vez, ve con preocupación como la presencia de refugiados en Uganda y Tanzania, antiguas colonias inglesas, pueden desestabilizar estos países.

Pero la gran lucha es la que sostienen Francia y Estados Unidos. La primera ve como el área francófona ha sufrido un serio revés con la caída del poder hutu, apoyado por Francia, que puede continuar con la desintegración del Zaire. La llegada del FPR al poder ha convertido a Ruanda en un país anglófono, consolidando la influencia norteamericana en la región (Paul Kagame se formó militarmente en Estados Unidos, país que ha destinado a oficiales para adiestrar al nuevo ejército ruandés tutsi). Como trasfondo a esta disputa encontramos múltiples factores, desde los de tipo cultural hasta aquellos de índole económica: las riquezas mineras en uranio, diamantes, cobre, oro y minerales estratégicos (cobalto, estaño, cadmio) hacen de esta extensa región la más rica de África después de Sudáfrica. Sin olvidar que estamos ante el mejor mercado de armas del mundo (un 60% del PIB de casi todos los países africanos se destina a la compra de armamento a los países desarrollados).

## Ausencia de autoridad internacional

La confusión en que se ha visto sumida la ONU y su incapacidad para devolver la paz a la región no suponen ninguna novedad ni constituyen un caso aislado. Este foro en el que se encuentran representadas todas las naciones, esta democracia mundial, se ha mostrado incapaz, como ya lo fue en su día su predecesora, la Sociedad de Naciones, de mantener un orden internacional justo y estable. Ambas organizaciones, partiendo de la desaparición de todo principio unitario en el ámbito de la política, nacen viciadas de origen al excluir expresamente todo principio de autoridad.

El fracaso de esta tentativa se manifiesta en múltiples aspectos, entre los que se encuentra la imposibilidad de hacer cumplir incluso aquellos mandatos aprobados por unanimidad en el Consejo de Seguridad de la ONU. Tal es el caso de Timor Oriental, pequeño pueblo cristiano de Asia, ocupado militarmente por su vecino Indonesia, que ha contemplado como un tercio de su población perdía la vida a manos del invasor. El desarrollo de la crisis yugoslava, aún no cerrada, es otro ejemplo, bien cercano, del fenómeno que estamos señalando. A la luz de estos hechos se constata la absoluta impotencia de la Hu-

manidad en sus tentativas por organizarse democráticamente, al margen de todo principio superior a ella misma.

Atacada de forma continuada la autoridad en el orden de la familia, de la educación, de la sociedad; la autoridad política e internacional también es erradicada de un mundo en el que ya no existe más que la propia voluntad autónoma, los propios intereses, sin ningún tipo de condicionamientos. Las tragedias humanas del Zaire, Timor, Bosnia, y otras muchas regiones, a las que asistimos día tras día con impotencia, son muestras de la realidad de esta negación de la autoridad. Estos infructuosos intentos de alcanzar la paz excluyendo toda trascendencia contrastan con la vigorosa voz de la Iglesia, que por boca de Juan XXIII en la encíclica *Pacem in Terris* recordaba al mundo que “*la paz en la Tierra, profunda aspiración de los hombres de todos los tiempos, no se puede establecer ni asegurar si no se guarda íntegramente el orden establecido por Dios*”. No podemos dejar de advertir que este hecho no es meramente coyuntural, una crisis momentánea provocada por la reorganización del mundo tras la caída del muro del Berlín. Se trata de algo más profundo: tras esta negación de toda autoridad anterior y superior al hombre se esconde la negación de Dios, de quien proviene todo poder.

## LA PAZ DE CRISTO EN EL REINO DE CRISTO

La paz digna de tal nombre, es a saber, la tan deseada paz de Cristo, no puede existir si no se observan fielmente por todos en la vida pública y en la privada las enseñanzas, los preceptos y los ejemplos de Cristo...

... y una vez así constituida, ordenadamente, la Sociedad, pueda por fin la Iglesia, desempeñando su divino encargo, hacer valer los derechos todos de Dios, lo mismo sobre los individuos que sobre las sociedades. En esto consiste lo que con dos palabras llamamos *reino de Cristo*...

Reina Jesucristo en la mente de los individuos por sus doctrinas, reina en los corazones por la caridad, reina en toda la vida humana por la observancia de sus leyes y por la imitación de sus ejemplos.

Reina también en la sociedad doméstica cuando, constituida por el sacramento del matrimonio cristiano, se conserva inviolada como una cosa sagrada, en la que el poder de los padres sea un reflejo de la paternidad divina, de donde nace y toma el nombre; donde los hijos emulan la obediencia del

Niño Jesús, y el modo todo de proceder hace recordar la santidad de la familia de Nazareth.

Reina, finalmente, Jesucristo en la sociedad civil cuando, tributando en ella a Dios los supremos honores, se hacen derivar de Él el origen y los derechos de la autoridad, para que ni en el mandar falte norma ni en la obediencia obligación y dignidad; cuando, además, le es reconocido a la Iglesia el alto grado de dignidad en que fue colocada por su mismo autor, a saber, de sociedad perfecta, maestra y guía de las demás sociedades; es decir, tal que no disminuya la potestad de ellas —pues cada una en su origen es legítima—, sino que les comunique la conveniente perfección, como hace la gracia con la naturaleza; de modo que esas mismas sociedades sean a los hombres poderoso auxiliar para conseguir el fin supremo, que es la eterna felicidad, y con más seguridad provean a la prosperidad de los ciudadanos en esta vida mortal.

Pío XI: Encíclica *Ubi arcano Dei* (1922)

## IV CONGRESO INTERNACIONAL DE LA SITA

*La Sociedad Internacional Tomás de Aquino (SITA) ha convocado el IV Congreso Internacional, que tendrá como tema central «El problema del hombre y el misterio de Jesucristo» y que se celebrará, Dios mediante, en Barcelona, en los locales de Fundación Balmesiana del 24 al 27 de septiembre de este año. Ofrecemos a continuación los párrafos más significativos de la circular de convocatoria. En ella se recuerda la vinculación de la SITA con la ciudad de Barcelona y muy en especial con Balmesiana.*

El 14 de diciembre de 1996, en el marco del congreso de la SITA, que tuvo lugar en Fossanova, se celebró la reunión anual del Consejo Directivo y se tomó el acuerdo de celebrar un Congreso Internacional, cuyo cometido es doble: celebrar la Asamblea quinquenal de los socios para la renovación de los cargos directivos, y tratar a fondo alguno de los problemas fundamentales de la cultura actual que afectan de modo especial al pensamiento cristiano. La SITA, fruto del Congreso Internacional tomista del año 1974, atribuye gran importancia a estos congresos. Desde el principio se propuso mantener vivo el espíritu que animó aquel evento, que Pablo VI describía gráficamente con dos epítetos: «inaspettato ma formidabile». Fue creada para ocuparse directamente de los problemas del tiempo presente, para cuya difícil solución recurre a Santo Tomás, *Doctor humanitatis*. Los congresos internacionales son las piedras miliare de nuestro camino. Ya la SITA se aproxima a los 20 años de su existencia, y ha recorrido tres etapas: la del Maestro de la Orden De Couesnongle, la del P. Cornelio Fabro, y la del P. Bautista Mondin. Al cabo de este tiempo es la misma en su proyecto, pero evoluciona visiblemente en su camino hacia adelante y hacia arriba. Ha crecido en extensión y en intensidad. Ahora es más internacional y tiene más presencia cultural.

[...]

Desde esta inclinación hacia el presente y futuro cultural del pensamiento cristiano, teniendo en cuenta la aproximación al tercer milenio de nuestra era, en cuyo horizonte el año 1997 está dedicado a Jesucristo, se creyó oportuno proponer el tema de la antropología cristiana. Un texto del Vaticano I nos lo brinda en esta espléndida fórmula: «*En realidad el misterio del hombre sólo se esclarece en el Misterio del Verbo Encarnado*» (GS, 22). La cultura moderna y posmoderna es radicalmente antropológica. El hombre busca una comprensión mayor de sí mismo, de su libertad, de su apertura, de su destino. Nunca en el pasado había ocurrido algo semejante. Esta fascinación por lo humano ha tenido sus ventaj. En realidad, como confiesan los doctos, nunca su-

pimos tantas cosas sobre el hombre. Pero esto ha tenido su contrapartida, nos hemos quedado con las apariencias, con la sombra de lo humano. Lo profundo se va diluyendo más cada día. La conciencia actual lo denuncia: nunca supimos menos del hombre, nunca fue tan grande el olvido de lo esencial.

La SITA reconoce la necesidad de prestar atención a todo lo humano, pero al estilo tomista, de modo integral, esencial y dialogante. Su proyecto es acoger lo positivo y tratar de remediar las graves carencias y los olvidos del presente, encontrar el suplemento, bucear en la trascendencia. Sin ontología subyacente, sin teología fundante, el hombre no tiene respuesta clara a la inevitable pregunta sobre sí mismo. El misterio de la encarnación viene en nuestra ayuda. El hombre, «imagen de Dios» desde el principio, alejado de Dios en su extravío histórico, se puede encontrar a sí mismo en el hombre perfecto: en Jesucristo, Dios-hombre. El problema del hombre nos lleva al misterio de Cristo, en cuya luz todo es más claro. En la medida de sus posibilidades, desde hace años, la SITA se esfuerza por servir de ayuda en la recuperación de la trascendencia. La inmanencia es la cárcel y la tumba de la modernidad y la posmodernidad. El sujeto humano se autotransciende en su tensión hacia el ser.

Al buscar un lugar adecuado para la celebración de este IV Congreso Internacional, la providencia nos ha salido al paso y hemos topado con la Balmesiana, una institución cultural catalana, muy afín a la SITA. Podemos decir que hemos vuelto a los orígenes y con ello cobramos fuerza. Basta recordar que la SITA nació como tal en un Congreso de «*Incontri Culturali*», realizado en las dos sedes, de Génova y de Barcelona. En Génova celebramos una sesión en Santa Maria Ligure y allí el entonces Cardenal Wojtyla nos alentó a la creación de la SITA. En aquella ocasión se designaron los primeros cargos directivos, que recayeron en el Maestro P. Aniceto Fernández, auténtico impulsor, y los dominicos Lobato y D'Amore. En Barcelona nos acogió la Balmesiana, dirigida por el P. Roig Gironella. A partir de ese evento inicial, la escuela tomista de Barcelona y la sección de la



SITA, tienen su hogar en la Balmesiana. En esta sede se han celebrado las célebres Jornadas de 1993, que han dejado profunda huella. Heredero de esta tradición de solidaridad cultural, el P. Pedro Suñer, que en la actualidad dirige esta institución, se ha ofrecido con magnanimidad a colaborar con la SITA en la celebración del Congreso. De este modo la SITA y la Balmesiana se encuentran embarcadas en el mismo proyecto del estudio del hombre a la luz del misterio de Jesucristo.

El desarrollo del tema bien concreto se despliega en perspectivas llamadas a completarse. En un primer mo-

mento se parte del hombre y sus problemas que se aclaran a la luz de la cristología. Luego se entra de lleno con Tomás en el misterio de Cristo, con visión de teólogo, para volver luego a nuestro contorno y proyectar el camino del hombre en el tercer milenio. Tenemos la clara conciencia de que el tercer milenio no viene ya prefabricado, sino que depende de nosotros, tenemos que hacerlo a la medida del hombre. Sólo un hombre nuevo puede cambiar la marcha descendente de la cultura actual y responder al designio de Dios sobre la historia del hombre. Al poner los pies en 1997 los discípulos de Jesucristo, llamados a ser los constructores de la nueva humanidad, estamos invitados a alzar el brazo y la voz, mientras apuntamos con el índice tenso: «He ahí el modelo del hombre del tercer milenio: Ecce homo!»

En este contexto, denso y de gran apertura, el tema general del Congreso: «El problema del hombre y el misterio de Jesucristo», se desarrolla en tres secciones:

1. Antropología y cristología
2. La cristología de Santo Tomás
3. El hombre ante el tercer milenio

Las tres secciones se prestan a la investigación y reservan no pocas sorpresas. La más ambicionada por nosotros es el descubrimiento del valor perenne de la doctrina de Tomás en estos campos, de modo que sirva de orientación en el próximo futuro. El pensamiento de Santo Tomás sobre Jesucristo, principio y término de la obra de Dios, hombre en plenitud, no ha sido conocido a fondo, y por ello no ha sido valorado a la hora de proponer una antropología cristiana. El Congreso promete ser un punto de partida en la cuestión del hombre.

[...]

El Congreso tendrá lugar en los locales de la Fundación Balmesiana, calle Durán y Bas, 9, 08002 Barcelona, España. Tel. 3/ 302 68 40. Fax 3/ 317 04 98

Barcelona, 28 de enero de 1997

Fiesta de Santo Tomás de Aquino

Al honrar a santo Tomás se realiza algo mayor que la valoración de Tomás mismo, a saber, se honra la autoridad de la Iglesia docente... Benedicto XV daba acerca de la Orden dominicana el testimonio de que merece alabanza no tanto por haber nutrido al Doctor Angélico, cuanto porque nunca después se separó en lo más mínimo de su doctrina.

Pío XI, Encíclica *Studiorum duces*,  
de 29 de junio de 1923.

## Oración del papa Juan Pablo II para el primer año de preparación del Jubileo dedicado a Jesucristo

Señor Jesús,  
plenitud de los tiempos y Señor de la historia,  
preparad nuestro corazón para celebrar con fe  
el Gran Jubileo del año 2000,  
para que sea un año de gracia y misericordia.  
Dadnos un corazón humilde y sencillo,  
para que podamos contemplar  
con renovada admiración  
el misterio de la Encarnación,  
por el cual Vos, Hijo del Altísimo,  
os hicisteis Hermano nuestro  
en el seno de la Virgen María, santuario del  
[Espíritu.

(Gloria y alabanza a Vos, oh Cristo,  
ahora y siempre y por los siglos de los siglos.)

Jesús, principio y perfección del hombre nuevo,  
convertid a Vos nuestros corazones,  
para que, abandonando los caminos del error,  
caminemos siguiendo vuestras pisadas  
por el camino que nos conduce a la vida.  
Haced que, fieles a las promesas del Bautismo,  
vivamos coherentemente nuestra fe,  
y demos un constante testimonio de vuestra  
[palabra,  
para que en la familia y en la sociedad,  
resplandezca la luz vivificante del Evangelio.

(Gloria y alabanza a Vos, oh Cristo,  
ahora y siempre y por los siglos de los siglos.)

Jesús, poder y sabiduría de Dios,  
encended en nosotros  
el amor por la divina Escritura,  
donde resuena la voz del Padre,  
que ilumina e inflama, alimenta y consuela.

Vos, palabra de Dios viviente,  
renovad en la Iglesia el afán misionero,  
para que todos los pueblos os lleguen a conocer,  
verdadero Hijo de Dios y verdadero Hijo del  
[hombre,  
único mediador entre el hombre y Dios.

(Gloria y alabanza a Vos, oh Cristo,  
ahora y siempre y por los siglos de los siglos.)

Jesús, fuente de la paz y de la unidad,  
fortaleced la comunión en vuestra Iglesia,  
dad vigor al movimiento ecuménico,  
para que, con la fuerza de vuestro Espíritu,  
todos vuestros discípulos sean uno.  
Vos, que nos habéis dado como norma de vida  
el mandamiento del nuevo amor,  
hacednos constructores de un mundo solidario,  
en el que la guerra sea vencida por la paz,  
la cultura de la muerte, por el compromiso por  
[la vida.

(Gloria y alabanza a Vos, oh Cristo,  
ahora y siempre y por los siglos de los siglos.)

Jesús, Unigénito del Padre,  
lleno de gracia y de verdad,  
luz que ilumina a todos los hombres,  
dad a los que os buscan con corazón sincero  
la abundancia de vuestra vida.  
A Vos, Redentor del hombre,  
principio y fin del tiempo y el universo,  
y al Padre con el Espíritu Santo,  
infinita comunión de amor,  
todo honor y toda gloria por los siglos de los siglos.

Amén.